



Número 211
Febrero 2021

HERALDOS DEL EVANGELIO

*¡Ay de los que
llaman bien al mal
y mal al bien!*



Que pueda quedarme contigo al pie de la cruz

iQué feliz era mi alma, Madre buena, cuando tuvo la felicidad de contemplarte! ¡Cómo me encanta recordar esos dulces momentos que pasé bajo tu mirada llena de bondad y misericordia para con nosotros!

Oh María, iguarda a Jesús en mi corazón! Ya no quiero hacer mi voluntad, sino la tuya, mi buena Madre, pues es la misma que la de Jesús.

Oh María, mi tierna Madre, he aquí a tu hija, que ya no puede más. Ten compasión de mí; haz que un día esté en el Cielo contigo.

Lo haré todo por el Cielo. Allí está mi patria. Allí encontraré a mi Madre en todo el esplendor de su gloria y con Ella gozaré de la felicidad del mismo Jesús con seguridad perfecta.

Que pueda quedarme contigo al pie de la cruz, si esa es la voluntad de tu querido Hijo. Oh Madre

mía, en tu corazón vengo a depositar las angustias de mi corazón.

Oh Madre mía, iofréceme a Jesús! Oh Madre mía, toma mi corazón y húndelo en el Corazón de Jesús.

Oh María, recibe mi corazón como una víctima expiatoria por mis culpas; rómpelo de dolor.

Oh Madre mía, ven en mi auxilio; concédeme la gracia de morir a mí misma para vivir sólo de mi dulce Jesús y por mi Jesús.

Oh Madre mía, *ifiat!* para la vida. *ifiat!* para el sufrimiento. *ifiat!* para la muerte. *ifiat!* siempre, Madre mía, ien vuestro dulce corazón!

SANTA BERNADETTE SOUBIROUS.
Extracto de un escrito de mayo de 1866.

HERALDOS DEL EVANGELIO

Revista Heraldos del Evangelio
Año XIX, número 211, Febrero 2021

Director Responsable:
Mario Luiz Valerio Kühl

Consejo de Redacción:
Severiano Antonio de Oliveira;
Silvia Gabriela Panez;
Marcos Aurelio Chacaliza C.

Administración:
Calle Balbina Valverde, 23
28002 Madrid
R.N.A., N°. 164.671

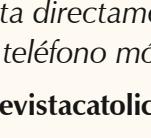
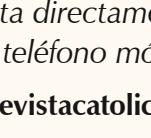
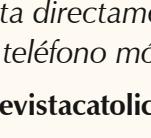
Impreso en España

Edita:
Salvadme Reina de Fátima
Dep. Legal: M-40.836- 1999
Tel. sede operativa 902 199 044

www.salvadmereina.org
correo@salvadmereina.org

Los artículos de esta revista podrán ser reproducidos, indicando su fuente y enviando una copia a la redacción.
El contenido de los artículos es responsabilidad de los respectivos autores.

SUMARIO

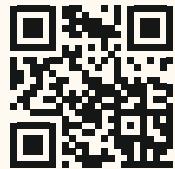
<i>Escriben los lectores</i>	4		<i>Perfecto modelo de humildad y sumisión</i>	34
<i>¿Látigo, llanto o sonrisa? (Editorial)</i>	5		<i>iSilencio sinfónico!</i>	36
	6		<i>La voz de los Papas – Más bella, vigorosa y pura</i>	8
	16		<i>Comentario al Evangelio – Los insondables planes divinos y los defectuosos criterios humanos</i>	8
	20		<i>El momento más precioso del día</i>	24
	26		<i>«Gran pena es vivir sin pena»</i>	20
	30		<i>¿Cuál es el valor del martirio?</i>	24
	26		<i>El Miércoles de Ceniza en sus comienzos</i>	26
	30		<i>Siervo de Dios Rafael Merry del Val – «Juntos trabajaremos y sufriremos por la Iglesia»</i>	30
	36		<i>Elevada devoción al Sagrado Corazón de Jesús</i>	40
	42		<i>Heraldos en el mundo</i>	42
	44		<i>Sucedió en la Iglesia y en el mundo</i>	44
	46		<i>Historia para niños... – El collar de cristal</i>	46
	48		<i>Los santos de cada día</i>	48
	50		<i>«Un par de tórtolas o dos pichones...»</i>	50



Revista Heraldos del Evangelio en línea

Acceda al contenido de la revista directamente desde su teléfono móvil.

Entre en: revistacatolica.es





ESCRIBEN LOS LECTORES

«CASTIDAD: NUESTRO PARAÍSO INTERIOR»

Muy bueno el artículo *Castidad: nuestro paraíso interior*, de la Hna. Mariana Morazzani Arráiz. Un abrazo desde Panamá.

Mientras lo leía trataba de encontrar una definición de castidad, particularmente aplicada a nuestros tiempos, para entenderla mejor. Probablemente lo que más nos acercaría a ello sería analizar el concepto de impureza, es decir, saber qué son los actos denominados impuros. Un artículo sobre ese tema nos ayudaría mucho.

Rosa Trejos de Montenegro
Vía revistacatólica.org

Maravilloso artículo, en el momento más adecuado. No dejaré de combatir al demonio para no ofender a Dios con la impureza. Dios bendiga a los Heraldos del Evangelio.

Alfredo Torres Barrera
Vía revistacatólica.org

ANÁLOGÍA DE LOS «SÍSARAS INTERIORES»

Muy interesante el artículo *Nadie se hace grande de repente*, de la Hna. Cristiane Marques e Silva, de la edición del pasado mes de noviembre. La analogía de los «sísaras interiores» me hizo meditar sobre las luchas interiores, las caídas y el camino tortuoso hasta aquí alcanzado única y exclusivamente a través de la gracia.

La valentía de esa mujer, la hasta entonces desconocida Yael, es un ejemplo de confianza y entrega en las manos de la Providencia y de lo sobrenatural para realizar grandes hazañas. Realmente son nuestros pequeños actos, intenciones, entregas y su-

frimientos de cada día, con la firme confianza en el Señor y María Santísima, los que nos harán alcanzar el ápice de nuestra misión. ¡Adelante!

José Roberto Cruz Rosario
Vía revistacatólica.com.br

SIEMPRE LLEVADOS DE LA MANO DE MARÍA SANTÍSIMA

Muchísimas gracias por la revista y que el buen Dios les colme con su gracia para que puedan seguir por mucho tiempo en esta obra de evangelización que llevan a cabo, de la mano de María Santísima, faro seguro de fidelidad a Jesucristo, nuestro único Salvador.

Eduardo Soto Kloss
Santiago — Chile

UN ENCUENTRO RENOVADOR CON EL SEÑOR

¡Bellísima reflexión! El *Comentario al Evangelio*, de la edición de enero, me ha llevado a la contemplación de ese encuentro de Andrés, Juan y Pedro con la Persona del Señor Jesús. Un deleite para mi alma necesitada de un encuentro renovador con el Señor. ¡Alabado sea Jesucristo!

Tilcia Delgado
Vía revistacatólica.org

INTERCESIÓN DE DÑA. LUCILIA CORRÉA DE OLIVEIRA

Sí, qué madre tan bondadosa es Dña. Lucilia! A veces la imagino sentada en mi sofá sonriendo, esperando a que le cuente algo o le pida su ayuda, su intercesión. ¡Y cuántas veces he sido socorrida por ella!

Me acuerdo de algunas situaciones que viví y por poco no caí, y veo hoy que fue por ella... Sí, ifue ella quien me sustentó, quien me amparó! ¡Y los milagros con los que ya ha intercedido por mi familia!

Mi entrega a esta madre, tan cercana del Sagrado Corazón de Jesús y de la Virgen, es total, sin reservas,

porque estoy segura de que ella hace por mí incluso lo que no me atrevo a pedirle. Gracias Señora mía por habernos concedido, a sus hijos, una madre tan bondadosa como tú para que nos auxilie.

Joana Paula Fonseca Assis
Vía revistacatólica.com.br

IGLESIA DE JESUCRISTO: SIN MANCHA NI ARRUGA

Los recientes actos de vandalismo y profanación de los templos sólo confirman la presencia satánica en el corazón de muchas personas, que son los protagonistas de las profecías del mismo Jesús y de muchos de sus enviados. Es la tenebrosa evolución que tiene que suceder, para la definitiva nueva imagen de la Iglesia de Jesucristo, llamada a aparecer sin mancha ni arruga.

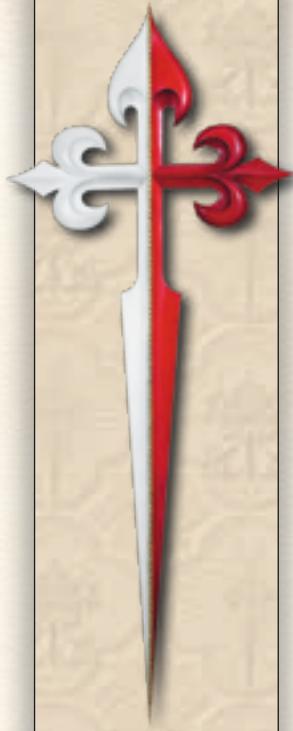
P. Julio César Gómez L.
Vía revistacatólica.org

FUERZA Y APOYO PARA HACER NUESTRO APOSTOLADO

Un saludo desde nuestra residencia, la Hacienda Santa Bárbara. En este mundo, donde impera el materialismo, tener el privilegio de recibir la revista *Heraldos del Evangelio* es una gracia que nos ayuda a participar de una realidad donde la espiritualidad y la fe son los pilares de la vida y, por otra parte, nos da el consuelo de ver que aún en este mundo materialista existe una isla de profunda fe y esperanza para la humanidad.

Ella nos da fuerza y apoyo para hacer nuestro apostolado, para ayudar a llevar esperanza a quien sufre los efectos de la pobreza material y, en la mayoría de los casos, espiritual. Felicitamos a nuestros hermanos en la fe, Heraldos del Evangelio, por esta santificante revista.

Guido y Jocelina Pelizzari
Canavieiras — Brasil



¿LÁTIGO, LLANTO O SONRISA?

El título de «Buen Pastor» ha sido de los pocos que se atribuyó a sí mismo el propio Jesús (cf. Jn 10, 11). De hecho, «pasó haciendo el bien» (Hch 38, 10) durante su recorrido terrenal, hasta inmolarse por sus ovejas.

Pero si Cristo era tan amable, manso y humilde, ¿por qué empleó el látigo para expulsar a los mercaderes del Templo? ¿Por qué vituperó tantas veces a los fariseos, sacerdotes y ancianos? En fin, ¿por qué censuró a Pedro, llamándolo duramente «Satanás»? Sencillo: porque la Bondad encarnada también era la propia Verdad (cf. Jn 14, 6). Por lo tanto, le duela a quien le duela, para que triunfara el bien y la verdad, el Redentor no ahorró el látigo, ya fuera hecho de cordeles o de palabras...

Sin embargo, a menudo, frente a la iniquidad, el Señor prefirió mantenerse callado, como ante la impostura de Pilato. En situaciones extremas, se limitó a verter lágrimas al contemplar cómo Jerusalén lo rechazaba, o en el Getsemaní al lamentarse de la infidelidad de sus discípulos.

Este mes de febrero se conmemoran cuatrocientos años de la aprobación diocesana de las revelaciones de Nuestra Señora del Buen Suceso a la Madre Mariana de Jesús Torres en Quito, Ecuador. Tal mensaje prenunciaba un tiempo en el que un «mar inmundo» de impureza se extendería por las calles, la inocencia infantil prácticamente desaparecería y los sacerdotes perderían la «brújula divina»; no obstante, una pequeña grey conservaría la fe. Ese aparente diagnóstico de nuestros días nos invita a indagar: ¿cómo sería hoy la reacción de Jesús? ¿Usaría el látigo o el llanto? ¿O ambos?

Los santos son como rayos que emanan del Sol de la Justicia; recurramos a ellos para que nos iluminen. Santa Catalina de Siena, que impetró a Dios el don de las lágrimas, aunque fueran hechas de fuego, no titubeó, a ruegos del propio Jesús, en amonestar al Papa Urbano VI con el látigo de la palabra —«sea enteramente viril!»— para que emprendiera la reforma eclesiástica. El Padre Pío, en cierta ocasión, al observar la iniquidad de algunos sacerdotes y su negligencia para con el Cuerpo de Cristo, también lloró e imprecó: «¡Carniceros!». Finalmente, la Santísima Virgen en La Salette aparecía en llantos manifestando severamente su inconformidad con el clero infiel, llamándolo «cloaca».

En este mes de la Cátedra de Pedro, Jesús bien podría preguntarle a cada fiel, sobre todo a los pastores: «¿Me amas?» Ojalá la respuesta sea afirmativa, pero ante todo sincera. Pedro naufragó justamente porque confió en sus propias fuerzas para atravesar las aguas. Y iay de los pastores que se apacientan a sí mismos! (cf. Ez 34, 2). Peor aún, iay del que, como «nuevo Judas», entrega el templo de Dios al diablo, vendiendo a las ovejas y protegiendo a los lobos!, como predijo el Beato Francisco Palau.

En estos tiempos, por tanto, en que la cizaña parece infectar completamente el trigo, es necesario confiar como María en la resurrección. Este es el verdadero «buen suceso»: la victoria del bien contra todas las apariencias.

Los evangelistas retratan a Jesús con látigo en ristre, con lágrimas en la cara e incluso mezclando saliva con barro para curar, pero nunca lo presentan sonriendo. ¿Por qué? Porque reservó su sonrisa para el final, cuando, encadenado el mal para siempre, la Iglesia brillará con toda la gloria que merece: toda bella, vigorosa y pura. ♦



Nuestra Señora
del Buen Suceso -
Casa de formación
Thabor, Caieiras
(Brasil)

Foto: João Paulo Rodrigues



Más bella, vigorosa y pura

Cuando la Iglesia aparece sacudida por una salvaje tempestad, entonces es cuando emerge más bella, más vigorosa, más pura, refugiando en el esplendor de las mayores virtudes.

Ciertamente sabéis bien, Venerables Hermanos, que Dios nunca priva a la Iglesia de consuelo alguno, pese a padecer continuamente tribulaciones. Porque Cristo la amó y se entregó por ella, para santificarla y presentarla gloriosa ante Él, sin mancha ni arruga ni nada semejante, sino santa e inmaculada (cf. Ef 5, 25-27).

Dios hace que el error sirva al triunfo de la verdad

Al contrario, cuando más desenfrenada es la licencia de las costumbres, más feroz el ímpetu de la persecución, más astutas las insidias del error, que parecen amenazar su total ruina, hasta el punto de arrancar de su seno a buen número de sus hijos para arrastrarlos en el torbellino de la impiedad y de los vicios, es entonces cuando la Iglesia experimenta la protección divina con mayor eficacia. Pues, lo quieran o no los malvados, Dios hace que el error mismo sirva al triunfo de la verdad, de la cual la Iglesia es su guardiana vigilante; que la corrupción sirva al aumento de la santidad, de la cual ella misma es promotora y maestra; que la persecución concurre a una admirable liberación de nuestros enemigos.

De modo que cuando la Iglesia aparece ante los ojos profanos sacudida por una salvaje tempestad y casi hundida, entonces es cuando emerge más bella, más vigorosa, más pura, refugiando en el esplendor de las mayores virtudes.

Así, la suprema benignidad de Dios confirma con nuevos argumentos que la Iglesia es obra divina; sea porque en la prueba más dolorosa —la de los errores y de las culpas que se infiltran en sus propios miembros— le hace superar la amargura; sea porque le muestra cumplidas las palabras de Cristo: «las puertas del Infierno no prevalecerán contra ella» (Mt 16, 18); sea porque comproueba realmente realizada la promesa: «sabed que yo estoy con vosotros todos los días, hasta el final de los tiempos» (Mt 28, 20); sea, en fin, porque da testimonio de esa misteriosa virtud por la cual «otro Paráclito» (Jn 14, 16), prometido por Cristo en el momento de su Ascensión, derrama continuamente sus dones en ella, la defiende y consuela en cada una de sus tribulaciones: «El Espíritu de la verdad, que el mundo no puede recibirlo, porque no lo ve ni lo conoce; vosotros, en cambio, lo conocéis, porque mora con vosotros y está en vosotros» (cf. Jn 14, 17).

De esta fuente brotan la vida y el vigor de la Iglesia; de ella fluyen también el espíritu que la distingue de todas las demás sociedades, como enseña el Concilio Ecuménico Vaticano, por los signos manifestos, que la marcan y la constituyen «como un estandarte levantado entre las naciones». ¹

Intachable en la santidad de su doctrina y de sus leyes

Y, de hecho, es sólo por un milagro del poder divino que, atrapada entre el torrente de la corrupción y la frecuente deficiencia de sus miembros, la Iglesia, en cuanto Cuerpo Místico de Cristo, pueda permanecer intachable en la santidad de su doctrina, de sus leyes y de su finalidad; obtener, asimismo, fecundos efectos que de sus mismas causas se derivan; y cosechar, de la fe y de la justicia de sus hijos, abundantes frutos de salvación.

Y no es un signo menos evidente de su vida divina que —entre tantas y tan vergonzosas complicidades de perversas opiniones, entre un número tan grande de rebeldes, entre tantas multiformes variedades de errores— persevere inmutable y constante, como columna y soporte de la verdad, en la profesión de la misma doctrina, en la comunión de

los mismos sacramentos, en su divina constitución, en el gobierno, en la moral. [...]

Se denominaron reformadores, pero eran corruptores

Esta admirable influencia de la Divina Providencia en la obra de restauración promovida por la Iglesia se manifiesta espléndidamente en el siglo que vio surgir, para estímulo de los buenos, a San Carlos Borromeo. Por entonces, bajo el tiránico dominio de las pasiones, en medio del distorsionado y oscurecido conocimiento de la verdad, la lucha contra los errores era constante y la sociedad humana, precipitándose en lo peor, parecía correr hacia el abismo. De entre estas calamidades surgían hombres orgullosos y rebeldes, enemigos de la cruz de Cristo, hombres de sentimientos terrenales, cuyo Dios es el vientre (cf. Flp 3, 18-19).

Éstos, en lugar de aplicarse en corregir las costumbres, negaban los dogmas, multiplicaban los desórdenes, relajaban el freno del libertinaje para sí mismos y para los demás; o bien, despreciando la dirección autorizada de la Iglesia y adulando las pasiones de los príncipes o de los pueblos más corruptos, derrocaban de una manera casi tiránica su doctrina, su constitución, su disciplina. Luego, imitando a aquellos impíos a quienes se dirige la amenaza: «¡Ay de los que llaman bien al mal y mal al bien!» (Is 5, 20), a ese tumulto de rebelión y esa perversión de la fe y la moral lo llamaron reforma y a ellos mismos, reformadores. Pero, en realidad, eran corruptores. [...]

Renovarse para discernir la voluntad de Dios

La Iglesia, de hecho, conociendo bien cómo los sentimientos y los pensamientos del hombre están inclinados al mal (cf. Gén 8, 21), no cesa nunca de luchar contra los vicios y



Reproducción

La Iglesia experimenta la protección divina cuando más desenfrenada es la licencia de las costumbres

El Papa San Pío X fotografiado en 1903
por Francesco De Federicis

los errores, para que sea destruido el cuerpo del pecado y dejemos de servir al pecado (cf. Rom 6, 6).

Y en esta lucha, como maestra de sí misma y guiada por la gracia, la cual es infundida en nuestros corazones por el Espíritu Santo, adopta la norma de pensar y de actuar del Doctor de los Gentiles, que dice: «Renovaos en el espíritu de vuestra mente» (Ef 4, 25); y «no os amoldéis a este mundo, sino transformaos por la renovación de la mente, para que sepáis discernir cuál es la voluntad de Dios, qué es lo bueno, lo que le agrada, lo perfecto» (Rom 12, 2).

Ni el hijo de la Iglesia ni el reformador sincero se convencen nunca de haber alcanzado la meta, sino que sólo declaran tender a ella, como el Apóstol: «Olvidándome de lo que queda atrás y lanzándome hacia lo que está por delante, corro hacia la meta, hacia el premio, al cual me llama Dios desde arriba en Cristo Jesús» (Flp 3, 13-14).

De esto se desprende que, unidos con Cristo en la Iglesia, «hagamos crecer todas las cosas hacia Él, que es la cabeza, del cual todo el cuerpo procura ese crecimiento, para construcción de sí mismo en la caridad» (cf. Ef 4, 15-16). Y la Iglesia, nuestra madre, sale siempre a cumplir ese misterio de la voluntad divina, de recapitular todas las cosas en Cristo, en la ordenada plenitud de los tiempos (cf. Ef 1, 10).

El origen de las apostasías es el mismo: el enemigo del hombre

No pensaban en estas cosas los reformadores a quienes se opuso Carlos Borromeo; pretendían reformar la fe y la disciplina a su antojo. Ni son mejores las pretensiones de los reformadores modernos contra quienes tenemos que luchar, Venerables Hermanos. Ellos también subvierten la doctrina, las leyes, las instituciones de la Iglesia, siempre con el grito de la cultura y la civilización en sus labios, no porque les importe demasiado este punto, sino porque con estos pomposos nombres pueden ocultar más fácilmente la maldad de sus intenciones.

¿Y cuáles son, en realidad, sus objetivos, cuáles sus complotos, cuál el camino que pretenden seguir? Ninguno de vosotros lo ignoráis, y sus designios ya han sido denunciados y condenados por Nos. Proponen una apostasía universal de la fe y de la disciplina de la Iglesia; una apostasía mucho peor que la antigua, que puso en peligro el siglo de Carlos Borromeo, porque se insinúa más hábilmente, escondida en las mismas entrañas de la Iglesia, y extrae más sutilmente consecuencias extremas de sus principios erróneos. ♦

Fragments de: SAN PÍO X.

«Editæ Sacæpe», 26/5/1910.

Traducción: Heraldos del Evangelio.

¹ CONCILIO VATICANO I. *Dei Filius*, c. III.



Cristo entrega las llaves a Pedro
Catedral de Oloron-Sainte-Marie (Francia)

Sebastián Cadavid

EVANGELIO

En aquel tiempo,¹³ al llegar a la región de Cesarea de Filipo, Jesús preguntó a sus discípulos: «¿Quién dice la gente que es el Hijo del hombre?». ¹⁴ Ellos contestaron: «Unos que Juan el Bautista, otros que Elías, otros que Jeremías o uno de los profetas». ¹⁵ Él les preguntó: «Y vo-

sotros, ¿quién decís que soy yo?». ¹⁶ Simón Pedro tomó la palabra y dijo: «Tú eres el Mesías, el Hijo del Dios vivo».

¹⁷ Jesús le respondió: «¡Bienaventurado tú, Simón, hijo de Jonás!, porque eso no te lo ha revelado ni la carne ni la sangre, sino mi Padre que está en los Cielos». ¹⁸ Ahora yo

te digo: tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y el poder del Infierno no la derrotará. ¹⁹ Te daré las llaves del Reino de los Cielos; lo que ates en la tierra quedará atado en los Cielos, y lo que desates en la tierra quedará desatado en los Cielos» (Mt 16, 13-19).

Los insondables planes divinos y los defectuosos criterios humanos

Desde toda la eternidad el Hijo deseó erigir la cátedra infalible de su Iglesia en la persona de un hombre mortal. En la gloriosa escena de la confesión de Pedro, Él manifiesta a la Historia la perfección de sus obras y deja patente cuán equivocados son los planes humanos.



Mons. João Scognamiglio Clá Dias, EP

I – LO QUE ADÁN PERDIÓ, DIOS SE LO RESTITUYÓ A SUS DESCENDIENTES

El Evangelio elegido para la Fiesta de la Cátedra de Pedro es conocidísimo por todos los católicos y está en el fondo del corazón del autor de estas líneas porque, además de constituir el pental de nuestra Iglesia, ahí se encuentra la base de la espiritualidad de la obra fundada por Cristo: la infalibilidad pontificia, establecida sobre la misma cátedra que hoy conmemoramos.

Contemplado varias veces a lo largo del Año litúrgico, sus versículos ya han sido analizados en otras ocasiones en las páginas de esta revista.¹ Sin embargo, la liturgia se asemeja en este aspecto a la Iglesia, la cual posee características fijas, que perduran en el transcurso del tiempo, pero nunca se vuelve estática; al contrario, se enriquece con el paso de los años, y el mundo sólo se aca-

bará cuando la Esposa Mística de Cristo haya dado el fruto supremo de su postrera flor. De manera análoga, bastará que giremos un poco el «caleidoscopio» de los textos litúrgicos para que en él descubramos aspectos nuevos, aún no destacados en los comentarios hechos durante las últimas décadas, y útiles para nuestro progreso espiritual.

Un tesoro perdido con el pecado de Adán

Tras sacar del barro de este mundo² un muñeco —de los más bellos y *sui generis* objetos salidos de sus manos— y con un soplo darle vida al primer hombre, Dios lo introdujo en el paraíso terrenal y le concedió una especialísima dádiva: la participación en su naturaleza divina, acrecentada de perfecciones extraordinarias. Entre ellas se encontraban la ciencia infusa, que

Siempre podemos descubrir aspectos nuevos en la liturgia, de provecho para nuestra vida espiritual

le confería a Adán el conocimiento de todas las cosas susceptibles de ser captadas por el intelecto humano y una comprensión plena de la verdad, así como el don de la integridad, por el cual sus potencias inferiores estaban sometidas a la razón superior, y la inmortalidad. Habiéndolo creado a su «imagen y semejanza» (Gén 1, 26), el Señor se complacía paseando con su obra maestra por el jardín del Edén (cf. Gén 3, 8), instruyéndola y ampliando la sabiduría que en ella había infundido.

Toda esta ordenación se rompió *ex abrupto* con el pecado original cometido por nuestro padre común. Las nociones de bondad, belleza y verdad se debilitaron en su alma, la razón se turbó y una irremediable tendencia hacia el mal se convirtió en el legado que nos dejó.

A fin de remediar la decadencia sin freno de nuestra raza, el mismo Dios decidió revelarles a los hombres aquello que habrían recibido de Adán y, para ello, eligió a un pueblo como depositario de la verdad. Al iluminar a los patriarcas, jueces y profetas, sus palabras conducían hacia una gran solución para el pecado de Adán y la reapertura de las puertas del Cielo por él cerradas.

Esta solución era la segunda Persona de la Santísima Trinidad, que se encarnó y, en cierto momento, dejó claro el carácter universal de su misión: reparar la falta cometida y salvar a toda la humanidad, permitiéndole volver al estado anterior al pecado y, por lo tanto, recupe-

rar lo que, en la persona de Adán, había perdido en el paraíso.

Ahora bien, Nuestro Señor Jesucristo no restituyó ese tesoro en la misma situación que el padre de los vivientes lo había dejado, sino que hizo que se multiplicara a lo largo de la Historia por medio de una institución que sería la continuadora de su presencia en la tierra: la Santa Iglesia Católica. Y, al fundarla, nos dio una altísima lección sobre la perfección de su obra, tal vez fuera del alcance de nuestra inteligencia, pero plena de sabiduría divina.

He aquí las maravillas que, muy especialmente, podemos contemplar en el Evangelio de hoy.

II – LA FUNDACIÓN DE UNA INSTITUCIÓN INMORTAL

En aquel tiempo,¹³ al llegar a la región de Cesarea de Filipo, Jesús preguntó a sus discípulos: «¿Quién dice la gente que es el Hijo del hombre?».

En pocos días Nuestro Señor se transfiguraría en el monte Tabor (cf. Mt 17, 1-2). Saliendo de Betsaida se dirigió a Cesarea de Filipo, situada a unos cuarenta kilómetros de distancia.

En lo alto de aquella región rocosa, Herodes el Grande había construido un templo en honor de César Augusto, y el tetrarca Filipo, deseoso de agradar al emperador, le dio a la ciudad que

*Nuestro Señor
hizo que los
dones perdidos
por Adán en
el paraíso se
multiplicaran
a lo largo de
la Historia*



Catedral de Santiago de Compostela (España)

lo albergaba el nombre de Cesarea. En ese lugar, donde se rendía culto de adoración a un hombre y que, por tanto, simbolizaba el poderío pagano de los romanos sobre todos los pueblos, se desarrollaría el histórico diálogo entre Jesús y sus discípulos.

A estas alturas Jesús ya había realizado numerosos milagros, que insinuaban de forma paulatina su divinidad. Al ir adquiriendo una fama creciente entre el pueblo, vio que también aumentaba cada día el odio de sus enemigos y que se acercaba la hora de la Pasión. Poco antes, tras haber discutido con los saduceos y los fariseos, les había advertido a los Apóstoles

sobre la inconveniencia de aceptar la doctrina de esos guías ciegos (cf. Mt 16, 1-2). Era preciso separarlos de la vieja Sinagoga, de la cual, a justo título, se creían miembros plenos. De hecho, la institución que el divino Maestro iría a fundar sería la continuación de la Antigua Alianza y el cumplimiento de todas las profecías, pero traería tal cambio de criterios y horizontes que se hacía necesario destacarlos de la opinión pública judía, con el fin de que pudieran contemplar el panorama que se les desvelaba ante sus ojos.

Seguían a un hombre que, a su vez, era el mismo Dios encarnado. Sin embargo, no tenían una noción clara al respecto y Nuestro Señor deseaba que tomaran conciencia de tal realidad.

Con esa intención les hace una pregunta en la cual se aplica a sí un título que resalta su naturaleza humana: «¿Quién dice la gente que es el Hijo del hombre?». Desde toda la eternidad Nuestro Señor conocía la respuesta, pero, como veremos, al interrogar a los Apóstoles quería adiestrarlos para que salieran de su egoísmo y pensaran en los objetivos relacionados con la altísima vocación que les había reservado.

Mirando al hombre, pero no a Dios

¹⁴ Ellos contestaron: «Unos que Juan el Bautista, otros que Elías, otros que Jeremías o uno de los profetas».



San Pedro sentado en su cátedra
Basilica de San Pedro, Roma

En medio de la continua afluencia de los que se acercaban a Jesús deseados de tocarle el manto o de oír una palabra de sus labios, las circunstancias se mostraban tales que de Él se irradiaban tanto luces como puntos de interrogante. Un gesto, una mirada, un suspiro... así era cómo la segunda Persona de la Santísima Trinidad se manifestaba! El Verbo Encarnado debía difundir en torno de sí un misterio que todos querían de alguna manera clasificar, pues ese es el empeño del género humano ante aquello que constata como nuevo. Ahora bien, en su caso, ¿cómo hacerlo sin una revelación sobrenatural?

Las conclusiones enumeradas por los Apóstoles procedían de meras elucubraciones de la inteligencia y otras cualidades naturales. San Juan Bautista, por ejemplo, había marcado la historia de Israel de forma intensísima. Al ser el Precursor, habían sido derramadas gracias especiales con respecto a él y, como había muerto poco antes, su recuerdo aún permanecía vivo en la mente de todos, asociada al presentimiento de que se trataba de alguien muy vinculado al Mesías. Y algo similar pasaba con Elías, Jeremías u otros profetas.

Llama la atención, en la ingenua respuesta de los Apóstoles, la visión demasiado humana que ellos mismos tenían de Nuestro Señor, al igual que el pueblo que los rodeaba. Juzgaban que le estaban haciendo un gran elogio al Maestro al transmitirle sus hipótesis y, aunque supieran perfectamente que Jesús no era ni Juan el Bautista, ni Elías o Jeremías, compartían la esencia de aquellas afirmaciones: la idea de un hombre fuera de lo común, es verdad, pero en el cual no discernían el aspecto divino.

En su defensa, sin embargo, se puede alegar que, de hecho, la existencia de un hombre unido hipostáticamente a la segunda Persona de la Santísima Trinidad está tan por encima de la inteligencia humana y angélica que ni siquiera ninguno de los espíritus celestiales lograría imaginárla... Tampoco los Apóstoles, incluso después de

San Pedro fue movido por el Espíritu Santo a pronunciar esa confesión grandiosa sobre la cual sería edificado el nuevo templo de Dios: la Santa Iglesia



Fotos: Gustavo Kralj

*Si una obra
es de Dios,
no queramos
llevársela
adelante
por medios
humanos;
le cabe a Él
dirigir lo que
le pertenece*

todo lo que habían visto, podrían llegar mediante el simple raciocinio a la conclusión de que el «Hijo del hombre» era Dios. Se hacía indispensable un don de fe inusual, que moviera a las almas.

¿Quién «soy yo»?

¹⁵ Él les preguntó: «Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?».

Curiosamente, después de indagar sobre el «Hijo del hombre», Nuestro Señor añade: «Quién decís que soy yo». En cierto sentido, con estas palabras ya les estaba revelando su verdadera fisonomía, ayudándolos a no errar en la respuesta, pues la expresión «Yo soy» —Yahvé— evoca el término con el que el mismo Dios se presentaba en el Antiguo Testamento (cf. Éx 3, 14).

Bien podemos suponer que después de esa pregunta se hizo un momento de silencio, durante el cual varios de los Apóstoles pensarían: «Bueno, nosotros creemos que Él es un poco más de lo que dicen los otros...». Con todo, esto aún no era suficiente...

Un ímpetu inspirado de lo alto

¹⁶ Simón Pedro tomó la palabra y dijo: «Tú eres el Mesías, el Hijo del Dios vivo».

Quizá debido al *impasse* al que habían llegado, San Pedro se adelantara a los otros. Además, contrariamente a las afirmaciones intempestivas que a menudo salían de sus labios, en esta ocasión da una respuesta acertada y categórica: declara que Jesús es «el Mesías, el Hijo del Dios vivo».

Se diría, a primera vista, que se trata de un pensamiento elaborado con base en sus experiencias junto al Maestro. Pero, en realidad, fue movido claramente por el Espíritu Santo al pronunciar esa confesión grandiosa. Sobre ella sería edificado un nuevo templo, ya no para dar culto a dioses falsos

—como el de Cesarea de Filipo, bajo cuya sombra estaban—, sino para hacer frente al paganismo: el templo del Dios verdadero, la Santa Iglesia Católica Apostólica Romana.

La bienaventuranza de recibir una revelación

¹⁷ Jesús le respondió: «¡Bienaventurado tú, Simón, hijo de Jonás!, porque eso no te lo ha revelado ni la carne ni la sangre, sino mi Padre que está en los Cielos».

La respuesta de Nuestro Señor indica que las palabras de San Pedro no procedían de sus capacidades humanas, ya fuera una inteligencia privilegiada, una voluntad potente o un sutil discernimiento. Se trataba de una revelación del Padre y por eso lo declara bienaventurado. Sin esa revelación, al constatar que Jesús se cansaba, tenía sueño, hambre y sed —pues había asumido un cuerpo padeciente para sufrir por nosotros—, San Pedro jamás llegaría a semejante conclusión.

Ninguno de los demás Apóstoles niega la confesión hecha por el futuro Jefe de la Iglesia. Ciertamente todos recibieron en ese momento una gracia para aceptar la divinidad de Nuestro Señor y desmarcarse, por fin, de los conceptos errados de sus contemporáneos.

La inmortalidad de la Iglesia edificada sobre un hombre mortal

¹⁸ «Ahora yo te digo: tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y el poder del Infierno no la derrotará».

Desde toda la eternidad, la segunda Persona de la Santísima Trinidad deseó erigir la cátedra infalible de la Iglesia en la persona de un hombre mortal y, a pesar de todas las miserias derivadas del pecado original, para tal eligió a Pedro como primer Papa y depositario de su solemne promesa.



Mosaicos de la Basílica de San Pablo Extramuros representando a los Papas San Pedro, San Clemente, San Eleuterio, San Cayo, San Silvestre y San Gregorio VII

Nuestro Señor empeña el testimonio de su palabra absoluta y el aval de su omnipotencia al afirmar que las puertas del Infierno jamás prevalecerán contra la Iglesia. Se refiere a la piedra visible, constituida por Pedro y sus sucesores, y a la piedra invisible, Él mismo, que desde el Cielo sustentará a su Cuerpo Místico. Nada podrá destruirla, pues se trata de una institución divina.

En efecto, en sus dos mil años de Historia la Iglesia ha atravesado incólume todo tipo de tempestades, saliendo de ellas siempre más joven, bella y fuerte. De manera que, al constatar la crisis de la sociedad actual, el crecimiento de la criminalidad, el completo abandono de la moral y otros tantos horrores que asolan el mundo, debemos creer que la Iglesia nunca perecerá. Al contrario, cuanto más decayeren los hombres, más el poder de Dios resplandecerá en su obra.

El poder de abrir y cerrar los Cielos

¹⁹ «Te daré las llaves del Reino de los Cielos; lo que ates en la tierra quedará atado en los Cielos, y lo que desates en la tierra quedará desatado en los Cielos».

Las llaves del Reino de los Cielos han sido entregadas en las manos de Pedro, es decir, de todos los Papas. Pueden abrir o cerrar sus puertas cuando quieran, pues Jesucristo sella en la eternidad lo que su Vicario realiza en el tiempo. Esto nos muestra que el poder de un pontífice es simplemente incalculable.

Por otra parte, la promesa del Salvador también confiere a los Apóstoles una noción clara de la misión que les estaba reservada: anunciar la divinidad de Jesús, Dios y hombre verdadero,

misterio cuya acreditación sólo se vuelve posible mediante el don de la fe.

III – LA IGLESIA, RAZÓN DE NUESTRA CONFIANZA

Los comentarios a los versículos de este Evangelio han sido a propósito sintéticos, pues en otras ocasiones hemos tenido la oportunidad de profundizar en su sentido exegético. En el presente artículo será de mayor provecho el considerar algunas enseñanzas que la gloriosa escena transcurrida en Cesarea de Filipo nos trae.

Una institución insuperable

Nacida de la preciosísima sangre de Nuestro Señor Jesucristo, la Santa Iglesia reúne características que hacen de ella una institución inigualable.

Ya en ese preludio de su fundación, el Redentor le concedió todavía más de lo que le había dado a Adán en el paraíso: la infalibilidad en relación con la verdad, garantizando la asistencia del Espíritu Santo a quien ocupe la Cátedra de Pedro, al pronunciarse en materia de fe y moral.

Por otra parte, al infundirle un dinamismo de expansión procedente de una savia divina, la hizo católica, es decir, universal, pues tiene por objeto ser conocida por todos y quiere la salvación de todos. También la dotó, por la comunión de los santos, de la santidad y de los méritos de aquellos que en el mundo entero están en gracia de Dios. Y le confirió la continuidad en la misma fe, por la cual se enriquece con explicitudes siempre nuevas, conservando una unidad de doctrina que nunca se rompe.

Finalmente, la adornó con el don de la inmortalidad, como lo atestiguan el Coliseo y las ruinas

***Persecuciones,
un sinnúmero
de apostasías,
devastadoras
herejías...
Nada
consiguió
destruir a
la Iglesia,
pues posee
la fuerza del
Omnipotente***



del Circo Máximo, de Roma, donde murieron millones de mártires, o ciudades como Zaragoza, Lyon o Sebaste, en las cuales muchos cristianos proclamaron con su propia sangre su fe, sin mencionar los martirios que aún hoy día suceden.

Persecuciones, un sinnúmero de apostasías, devastadoras herejías... Nada consigue destruir a la Iglesia, pues posee la fuerza del Omnipotente. He aquí el secreto de la perennidad de esta obra divina, a pesar de las deficiencias humanas; he aquí la belleza de su solidez, a pesar de todas las miserias.

¡Y cuál es nuestro papel en esa histórica escena?

Pues bien, tanta maravilla tiene como pilar una piedra frágil: ¡Pedro! Concebido con el pecado original, poseía, además, una serie de imperfecciones, agravadas por un temperamento impulsivo e inconstante...

Sin embargo, el Salvador edifica su Iglesia sobre esa piedra. ¿Por qué? La respuesta se la confió a San Pablo: «La fuerza se realiza en la debilidad» (2 Cor 12, 9). Tal realidad pone en evidencia cuán diferentes son nuestros criterios de los de Él, lo cual nos hace recordar el oráculo dirigido a Isaías: «Porque mis planes no son vuestros planes, vuestros caminos no son mis caminos —oráculo del Señor—. Cuanto dista el cielo de la tierra, así distan mis caminos de los vuestros, y mis planes de vuestros planes» (55, 8-9).

Si en aquella conversación en Cesarea de Felipe el divino Maestro se dirigiera a nosotros y nos preguntara cuál de los Apóstoles juzgaríamos más apto para recibir la cátedra infalible de la Iglesia que Él iba a fundar, probablemente ninguno de nosotros habría elegido la figura espontánea y un tanto imprudente de Simón Pedro... Recorriendo los Doce, tampoco nos parecería ideal un Tomás tan positivista, un Juan demasiado inexperto o un Santiago poco bondadoso y propenso a la violencia (cf. Lc 9, 54). ¿Quién garantiza que no escoge-

En medio de la confusión de nuestros días, la Iglesia camina rumbo a una plenitud de santidad que no podemos imaginar



Benedicto XVI recibe a Mons. João Scognamiglio Clá Dias, EP, en la biblioteca del Palacio Apostólico, 26/11/2009

L'Osservatore Romano

ríamos a un hombre lleno de sentido común, equilibrado y de gran capacidad administrativa llamado Judas Iscariotes?

¡Qué erróneos resultan los juicios de los hombres! Las elecciones divinas no siempre coinciden con las nuestras. Si una obra es de Dios, no queramos llevarla adelante por medios humanos; le cabe a Él dirigir lo que le pertenece.

Dios nos eligió para la mejor época

¡De esa Iglesia así constituida, tenemos la gracia de ser piedras vivas! Pertenecemos al Cuerpo Místico de Cristo, en cuanto células que participan de todos los beneficios de su cabeza: todo lo que es de Nuestro Señor se nos transmite a nosotros.

Conducida por la Santísima Trinidad y vivificada por un «alma» que es el Espíritu Santo, nada de lo que ocurre en la Iglesia escapa al control de Dios. Debemos tener fe de que, incluso en medio de la confusión que nuestras vidas humanas acusan en nuestros días, todo tiene su significado y pasa según el beneplácito de la Providencia, rumbo a una plenitud que no podemos imaginar.

En este conturbado siglo XXI asistiremos a una gloriosa prolongación de la Historia de la Iglesia, que será el Reino de María. No obstante, se constituirá con «piedras» mucho más miserables que Pedro, a las cuales siquiera podríamos dar el nombre de arena. Para ello, tal como le fue exigido a los Apóstoles de que creyeran que, de hecho, la institución que Nuestro Señor iría

a fundar era divina e indestructible, de nosotros será pedida una fe inquebrantable en el triunfo del Corazón Inmaculado de María, en nuestro interior y en el mundo entero.

La razón más grande para no desanimarnos nunca de nosotros mismos

En este sentido, la liturgia nos llama la atención sobre un punto importante: si nuestra naturaleza, de sí, no puede nada o puede muy poco, icuando está asistida por la gracia ella lo puede todo!

En nuestra vida diaria, llena de desafíos para la práctica de la virtud, necesitamos tener mucha confianza en lo sobrenatural. La acción milagrosa de la gracia nunca nos faltará, como nunca le faltó a la Iglesia, que atravesó dos milenios de incesantes luchas y perdurará hasta el final del mundo.

Todos pasamos por dificultades y el drama es el pan nuestro de cada día. Pero las pruebas deben ayudarnos a comprender que somos depen-

dientes y necesitados de la asistencia de Dios, sin la cual jamás haremos algo de útil para nuestra salvación.

No dejemos nunca que nadie nos desanime, por peor que sea la situación, pues para Dios todo es posible. Sobre todo, nunca desanimemos de nosotros mismos. A pesar de nuestras reincidencias en estas o aquellas miserias, en determinado momento la gracia nos cogerá, siempre que no le cerrremos las puertas. Ejemplo máximo en esta materia nos lo da el primer Papa. Cuando todo parecía perdido, por haber negado tres veces al Salvador, se encontró con la mirada divina y recibió la gracia de una sincera conversión (cf. Lc 22, 61-62). Cincuenta días después, una lengua de fuego posó sobre su cabeza en el Cenáculo y cambió el rumbo de su vida y de la Historia.

En suma, tengamos mucha paciencia con los demás y con nosotros, busquemos los bienes de allá arriba (cf. Col 3, 1) y jamás desanimemos. ♦

Si nuestra naturaleza, de sí, no puede nada o puede muy poco, icuando está asistida por la gracia ella lo puede todo!



João Paulo Rodrigues

Ceremonia de coronación de la Virgen de Fátima realizada en la basílica de Nuestra Señora del Rosario, Caireiras (Brasil), 12/5/2019

¹ Cf. CLÁ DIAS, EP, João Scognamiglio, ¿Puede el Papa errar? In: *Heraldos del Evangelio*. Santiago de Chile. N.º 14 (feb/

mar, 2003); pp. 6-15; La Piedra inquebrantable. In: *Heraldos del Evangelio*. N.º 78 (jun, 2008); pp. 12-19; La fe de Pedro,

fundamento del Papado. In: *Heraldos del Evangelio*. N.º 152 (ago, 2014); pp. 8-15.

² Cf. SANTO TOMÁS DE AQUINO. *Suma Teológica*. I, q. 102, a. 4.

El momento más precioso del día

Después de recibir la sagrada Eucaristía, debemos recogernos a fin de aprovechar mejor las gracias de tan sublime misterio. ¿Cómo compenetrarnos en esos instantes de sublime convivencia con Nuestro Señor Jesucristo?



Carlos María de Oyarzábal Gutiérrez-Barquín

Las realidades inferiores siempre reflejan otras superiores. Esa fue la regla que ha regido la creación del incontable número de seres salidos de las manos de Dios, los cuales son, al mismo tiempo, diversos y armónicos entre sí.

Esto sucede, por ejemplo, con la perfecta constitución del organismo humano, que espeja el Cuerpo Místico de Cristo, la Iglesia. Esta sagrada institución, pese a ser posterior en el tiempo, constituye el modelo según el cual fue creado nuestro cuerpo. Por así decirlo, Dios pensó primero en lo más importante.

Algo similar también ocurre con la alimentación del hombre.

La convivencia es más importante que la comida

La vida de todos nosotros es, en gran parte, hecha de rutina. Tal sería que el sueño de la noche, el aseo personal, el caminar y todo lo que realizamos diariamente constituyera una novedad...

También la alimentación forma parte de lo cotidiano. Sin embargo, hay gran diferencia entre la comi-

da de un día corriente y un banquete festivo. En las ocasiones especiales, el esmero en la preparación es indispensable. Imaginemos una conmemoración importante, como la cena de Navidad, el cumpleaños de un familiar o cualquier otra efeméride. Se planea todo con antelación: el lugar de la fiesta, si deberá ser una comida o una cena, el número de invitados, el horario de inicio, el menú con sus distintos platos y bebidas, etc.

En esas ocasiones solemnes, no obstante, hay algo que se aprecia aún más que el manjar y las iguarias pue-

tas a la mesa: es la convivencia entre los comensales, sean parientes o amigos.

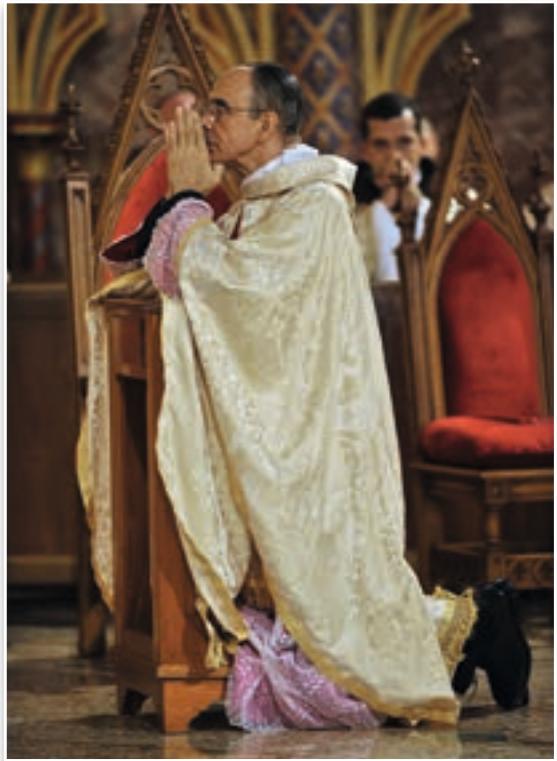
Terminada la comida, esa convivencia se vuelve más intensa. ¿Quién no se ha valido nunca del famoso *cafelito* como excusa para, concluido el postre, prolongar apaciblemente la conversación? Y, en sentido contrario, ¿qué pensar del que se marcha de prisa, nada más haberse alimentado? Difícil será considerar buen amigo a quien no le gusta convivir con los demás y ni siquiera intenta disfrazarlo...

Agradable conversación al término del Banquete

Por la reversibilidad entre las realidades inmateriales y materiales mencionada arriba, las comidas que saboreamos en esta tierra pueden ayudarnos a comprender mejor ciertos aspectos del Sagrado Banquete que es la Santa Misa.

Así pues, si al término de una cena que compartimos con los otros hombres procuramos el legítimo placer de una agradable conversación, ¿no debemos hacer algo similar después de que el propio Cristo se da a nosotros como alimento?

La acción de gracias es esa convivencia en la cual se desarrolla y culmina el Banquete celestial. Sin embargo, en ese punto, a menudo no estamos a la altura...



Mons. João durante la acción de gracias en la basílica de Nuestra Señora del Rosario, Caeiras (Brasil), 31/12/2009

Si la santidad consiste en la unión perfecta con Cristo, todo católico debe tener como centro la Eucaristía

Pues bien, la acción de gracias después de la comunión es ese momento auge de convivencia en que culmina el Banquete divino. Y debemos preguntarnos: ¿le damos la debida importancia?

Algunos de los inmensos beneficios de la Eucaristía

Antes de tratar acerca de cómo hacer con fruto la acción de gracias, conviene que recordemos algunos de los inmensos beneficios espirituales

que la Santísima Eucaristía nos aporta en la comunión.

En la sagrada hostia recibimos no solamente una gracia enorme, sino al Creador y Fuente de toda gracia. Este es el principal motivo que hace de la Eucaristía el sacramento más excelente: en ella está实质ialmente contenido el propio Cristo, mientras que los otros sacramentos no contienen sino una virtud instrumental participada de Cristo.¹

Como si esto no bastara, con el Verbo Encarnado —en su Cuerpo, Sangre, Alma y Divinidad— nos son dados en la Eucaristía el Padre y

el Espíritu Santo, a causa del inefable misterio de la pericoresis que los hace inseparables.

De modo que, al comulgar, nos convertimos de hecho en templos vivos de la Beatísima Trinidad. Y de tal manera somos asociados misteriosa y verdaderamente a la vida íntima de las tres Personas divinas, que en nuestra alma el Padre engendra al Hijo unigénito y de ambos procede el Espíritu Santo por el infinito acto de amor mutuo.

Dios nos diviniza y transforma

Si la santidad consiste en la unión perfecta con Cristo, no cabe duda de que la vida de todo católico debe tener como centro la Eucaristía. Nada hay de más saludable que la comunión de la sagrada hostia. Se trata del más sublime sustento espiritual y, a diferencia de lo que ocurre con el alimento material —asimilado por el cuerpo—, es Cristo quien nos divini-

za y transforma en sí mismo cuando recibimos las sagradas especies.²

Por este motivo, San Juan Bosco, cuando estudiaba en el seminario, no se contentaba con comulgar sólo los domingos. Se ausentaba con frecuencia del desayuno y se dirigía, a escondidas, a una iglesia contigua. Despues de recibir la Eucaristía y hacer la acción de gracias regresaba a tiempo de entrar en clase junto con sus compañeros. En esas ocasiones permanecía en ayunas hasta la comida y, aunque el cuerpo sufriera, su alma se beneficiaba enormemente. Como él mismo declaraba, ese fue el alimento más eficaz de su vocación.³

Habiendo dilucidado y recordado algunos de los beneficios que recibimos en la comunión, se hace más fácil entender la importancia de un compenetrado acto de agradecimiento a Dios por la inmensa bondad manifestada al otorgarnos una participación del premio celestial ya en esta tierra.

Pautas para aprovechar esta inefable convivencia

Después de comulgar el Cuerpo de Cristo debemos reservar un tiempo para la acción de gracias. Aunque sea un momento de mucha seriedad, visto el gran don que recibimos, de ninguna manera se trata de algo pesado o difícil para nuestro espíritu, como se podría pensar. Al contrario, consiste en una expresión de amor y gratitud nacidos de un corazón filial.

Ejemplo de ello nos lo da Santa Gema Galgani que, tras haber comulgado por la mañana temprano —lo cual hacía diariamente—, invertía la mitad del día en acción de gracias por la comunión recibida y la otra mitad para prepararse para la del día siguiente, tal era su devoción por el Santísimo Sacramento.⁴

Ahora bien, tanto los que tienen la costumbre de recibir con frecuencia la Eucaristía, como esta mística italiana, como los que comulgan esporádicamente se beneficiarán al

recordar ciertos puntos que hacen disminuir en nuestros corazones el fervor por Jesús Sacramentado.

Especialmente peligroso para los primeros es el espíritu de rutina, que hace estéril ese momento de intensa oración, reduciéndolo a formas preconcebidas. Algunas personas no se quedan tranquilas hasta que no han rezado, a menudo mecánicamente, fórmulas escritas en breviarios.

Para los segundos, la falta de frecuencia a la Eucaristía, a veces porque nos parece una práctica importante, les puede causar dificultades en saber qué decirle a Dios. Su atención termina siendo llevada por el viento de otras preocupaciones y pensamientos, inevitablemente terrenos...

Las oraciones contenidas en libros piadosos deben ser para nosotros un auxilio y no un fin. Usémoslas en la medida en que nos ayuden a elevar el espíritu, de modo que se vuelvan una

Pedir el auxilio y la intercesión de la Virgen al comulgarse es el «secreto» para hacer una buena acción de gracias

«pista de despegue» para que nuestra alma vuele hasta la sublime convivencia con Nuestro Señor Jesucristo.

Un Amigo que desea escucharnos y también hablarnos

Los instantes que siguen a la comunión deben ser, para nosotros, los más preciosos del día: llenos de seriedad, pero también de sencillez e intimidad.

¿Quién no desea tener un confidante a quien contarle sus problemas y dificultades, alegrías y anhelos? Pues bien, eso sucede durante la acción de gracias: Dios entra en nosotros, como alguien que visita a su mejor amigo. Sólo que ese amigo con el cual conversamos es, ni más ni menos, que Nuestro Señor Jesucristo. Realmente, cuesta imaginar algo superior...

Dios quiere escucharnos, pero también desea que le oigamos. Por eso es necesario mantener el reconocimiento a toda costa, tratando de apartar cualquier pensamiento que desvíe nuestra atención.

Sin duda, el demonio intentará servirse de las cosas corrientes para molestarnos y llevarnos a descuidar esa convivencia con lo sobrenatural.

Abajo, sacerdote heraldo, hermanas de la rama femenina y profesoras del Colégio Arautos do Evangelho durante la acción de gracias después de la comunión - Basílica de Nuestra Señora del Rosario, Caeiras (Brasil)

Oigamos el consejo de Santa Teresa de Jesús a sus monjas: «No perdáis tan buena sazón de negociar [con Dios] como es la hora después de haber comulgado».⁵

Por cierto, ¿qué hemos de «negociar» si sólo podemos ganar? Cristo está presente en nuestro corazón y nada desea tanto como inundarnos de gracias y bendiciones.

Cuatro actos que ayudan a hacer la acción de gracias

Afirma el P. Antonio Royo Marín que «la mejor manera de dar gracias consiste en identificarse por el amor con el mismo Cristo y ofrecerle al Padre, con todas sus infinitas riquezas, como oblación suavísima por las cuatro finalidades del sacrificio: como adoración, reparación, petición y acción de gracias».⁶

De hecho, muchos autores se valen de esos cuatro puntos —elementos constituyentes del acto de religión o de culto— como base para realizar una completa acción de gracias. Y, aunque haya fórmulas escritas que auxilian en la meditación de cada uno de ellos, no podemos dejar de lado nuestras propias palabras. Dios desea escucharlas porque son únicas, exclusivas, pues Él creó a cada hombre para que lo amara de una forma específica e irrepetible.

Debo, por tanto, adorarlo por ser Él quien es: el Dios de infinita mi-



Acción de gracias por medio de Nuestra Señora, después de la comunión

Plinio Corrêa de Oliveira

Oh María Santísima, Madre mía, Vos encontrabais tanta cosas que decirle a vuestro divino Hijo, cuando Él estaba en vuestro claustro. Ved qué miserias le digo yo... y decide por mí aquello que me gustaría decirle, si conociera lo que Vos le dijisteis cuando Él estaba en vuestro claustro. Habladle por mí, Madre mía, y decide todo lo que yo querría ser capaz de decir y no lo soy. Adoradlo como yo querría adorarlo y —ioh, dolor!— no soy capaz de hacerlo. Dad-

le la acción de gracias que yo debería darle y no sé. Presentadle actos de reparación por mis pecados y por los del mundo entero, con un ardor que infelizmente no tengo. Madre mía, pedid por mí todo lo que mi alma necesita, todo lo que precisan todos los hombres, para instaurar en la tierra vuestro Reino. Porque, Madre mía, lo que os pido ante todo es el triunfo de vuestro Corazón Sapiencial e Inmaculado y la implantación de vuestro Reino, en mí y sobre todos los hombres. Así sea.



Reproducción

Nuestra Señora del Santísimo Sacramento - Iglesia de los Santos Claudio y Andrés de los Borgoñones, Roma

sericordia y justicia, a quien amo inmensamente. Preciso agradecerle el haber derramado su amor sobre mí al crearme, al concederme la filiación divina por el Bautismo, al vivir en mi interior por la comunión. Estoy obligado a suplicar el perdón por mis pecados, faltas, ingratitudes y por las veces que le he ofendido; soy merecedor del Infierno, pero tengo fe en su perdón infinito, el cual invoco a fin

de que los pecados del mundo sean reparados. Finalmente, cabe pedir todo lo que necesito, las gracias que me hacen falta para mi santificación y para aquellos por quienes tengo la obligación de rezar.

El «secreto» para una buena acción de gracias

Pedir el auxilio y la intercesión de la Virgen al comulgar es, sin duda alguna, el «secreto» para hacer una buena acción de gracias.

¿Quién mejor que Ella sabrá adorar, agradecer y amar a su divino Hijo y pedirle lo que necesitamos? Debemos, pues, recurrir siempre a María Santísima, para que inspire en nuestro interior una forma de acción de gracias enteramente consonante con la realizada por Ella cuando recibió la Eucaristía en el Cenáculo.

Que la propia Madre de Dios consuele, en nuestra alma, a Jesucristo en su Pasión dolorosa, la cual se renueva en cada Misa de manera in-

cruenta. Que Ella nos diga palabras de afecto a la altura de tan digno Huésped y nos haga, por fin, participar de la sublime y eterna convivencia entre el Sagrado Corazón de Jesús y su Inmaculado Corazón, modelo de la perfecta unión de un alma virtuosa con el Santísimo Sacramento en la comunión. ♦



João Paulo Rodrigues

¹ Cf. SANTO TOMÁS DE AQUINO. *Suma Teológica*. III, q. 65, a. 3.

² Cf. ROYO MARÍN, OP, Antonio. *Teología de la perfección cristiana*. Madrid: BAC, 2018, p. 453.

³ Cf. CERIA, SDB, Eugenio. *Don Bosco con Dios*. 4.^a ed. Madrid: CCS, 2001, p. 39.

⁴ Cf. GERMAN DE SAN ESTANISLAO, CP; BASILIO DE SAN PABLO, CP. *Santa Gema Galgani. Vida de la primera Santa del siglo XX*. 5.^a ed. Madrid: Palabra, 2010, p. 298.

⁵ SANTA TERESA DE JESÚS. *Camino de perfección*, c. 34, n.^o 10.

⁶ ROYO MARÍN, op. cit., p. 457.

«Gran pena es vivir sin pena»

Hay ciertas almas que lo encuentran todo difícil y se abaten cuando se les presenta un estorbo... Sin embargo, en el desierto de esta vida sólo hay un refugio seguro: la sombra del árbol frondoso de la cruz!

Mons. Ascânio Brandão



Esta era la máxima de San Agustín: los santos más unidos al Señor, desde lo alto de la montaña del amor, divisan más amplios horizontes que nosotros. Saben lo que es la eternidad y cuánto vale sufrir por amor de Dios y para la salvación de nuestra alma, destinada a la felicidad eterna. Todos los santos han sido, no sólo pacientes y conformados en el sufrimiento, sino apasionados por la cruz. «¡Sufrir o morir!», exclama Santa Teresa. «¡Padecer y

ser despreciado por Vos!», decía San Juan de la Cruz.

¿El mundo entiende este lenguaje? ¿Nuestra delicadeza y sensualidad no hallan exageración en esas expresiones? ¡Ah, somos demasiado groseros! La cruz de Jesucristo nos escandaliza como escandalizaba a los paganos en el tiempo de San Pablo.

San Agustín, después de tantos y tan funestos errores en busca de la felicidad, la encontró, finalmente, en la cruz de Jesucristo. Y pudo decir: «¡Gran pena es vivir sin pena!». Sí,

porque sin sufrimiento, sin cruz, no hay méritos, no hay virtud sólida, no hay salvación garantizada. Desde que nuestro divino Maestro nos redimió por la cruz, no puede haber salvación fuera de la cruz! *«In cruce salus»*. Y si tan necesario es sufrir, también es, en realidad, una gran pena vivir sin pena.

El pan sin azúcar y el azúcar sin pan

Mucha gente anda procurando más, en la devoción, las consolaciones de Dios que el Dios de las consolacio-



Sergio Hollmann

Todos los santos han sido, no sólo pacientes y conformados en el sufrimiento, sino apasionados por la cruz

A la izquierda, San Francisco de Asís, por Francisco Pacheco - Museo de Bellas Artes de Sevilla (España); a la derecha, Santa Catalina de Siena - Real monasterio de Santo Domingo de Guzmán, Caleruega (España)



Francisco Lpez de Lugo

nes, dice el autor de la *Imitación de Cristo*. Como los niños que no van en busca de un alimento sustancial y se contentan con golosinas, caramelos y dulces, así ciertas almas lo que quieren es un fervor sensible, las dulzuras de la oración. Si Dios les retira las consolaciones, se quejan, se abaten y murmuran. Y no es raro que incluso lleguen a dejar los ejercicios de piedad.

El amor divino aporta una dulzura infinita, llena y desborda el corazón, pero no siempre todo son alegrías y consolaciones. Jesucristo es un esposo crucificado. Y nadie puede amarlo verdaderamente sin la cruz. El pan del dolor —*panem doloris*—, del que habla el salmista, debe ser el alimento preferido de las almas que aspiran al Calvario. Santa Catalina de Siena experimentó tantas sequedades en la devoción que se juzgó abandonada de Dios. Santa Teresa del Niño Jesús, durante largos años, probó la más crucial aridez espiritual. ¡Y estas santas fueron dos almas seráficas!

Muchas almas prefieren, como dice San Francisco de Sales, el pan sin azúcar de una devoción bien sólida e, incluso sin consolaciones, prueban, hasta el sacrificio, su verdadero amor a Jesucristo. Otras solamente desean el azúcar de las consolaciones y rechazan el pan del sacrificio, el pan sustancial del dolor.

¡Oh Jesús mío, prefiero tu pan sin azúcar a tu azúcar sin pan!

Una sonrisa en el dolor

Aceptar el dolor sin queja es virtud, y virtud sólida. Aceptarlo con una sonrisa es heroísmo. ¿Conocéis la clásica sonrisa de Santa Teresa de Lisieux? Es una sonrisa entre rosas, pero rosas de espinas duras y penen-



San Juan de la Cruz y Santa Teresa de Jesús - Museo del Carmelo Alto, Quito (Ecuador)

Jesucristo es un esposo crucificado; el pan del dolor debe ser el alimento preferido de las almas que aspiran al Calvario

trantes. Cuando el sufrimiento llega, hay que recibirlo bien, como quien recibe a un huésped querido. Pues eso es lo que hacía ese ángel del Carmelo.

Una novicia quiso tener una prueba de virtud heroica de la santa. «Dos meses antes de su muerte», decía la monja, «fui a hacerle una visita a sor Teresa y, como había oído elogiar muchos su paciencia, me vino el deseo de observarla en un momento de crisis. Y veo que enseguida su rostro adquie-

re una expresión de alegría y de sus labios repunta una sonrisa celestial. Al preguntarle la razón de ese cambio, me responde: “Porque siento grandes dolores; me esfuerzo siempre en amar el sufrimiento y acogerlo de buena gana”».

Cuesta sonreír cuando se presenta ante nuestra flaqueza el hermano dolor. Cuesta, pero no es imposible. Hemos de recibirla. Es una necesidad hacerlo. El Señor lo ha mandado. Es mensajero del Cielo. Es la voluntad de Dios. Si, como Santa Teresa, no lo podemos recibir con una dulce y suave sonrisa, seamos delicados. Es bueno, viene del Cielo, viene a curarnos. ¡Que entre sosegado el hermano dolor y no repare en

nuestra grosería si, por casualidad, lo recibimos sin un gesto amable y una buena sonrisa!

iPasa por debajo!

Y el ángel del Carmelo es quien nos va a dar otra lección para las dificultades de la vida. Hay ciertas almas que lo encuentran todo difícil. Si se les presenta una situación embarazosa, se abaten, quieren vencerla y no pueden, quieren pasar sobre las dificultades y lo ven imposible... ¡Y cómo sufren!

En una grave tentación y seria turbación en la vida espiritual, le dijo una novicia a Santa Teresa: «¡No puedo pasar por encima de este obstáculo!». Y la santa le contesta: «¿Por qué tienes que pasar por encima? ¡Pasa por debajo! Es propio de las almas grandes volar allá en lo alto por encima de las nubes, cuando aquí abajo ruge el trueno y se desencadena la tormenta. En cuanto a nosotros contentémonos con pasar por debajo, con humildad y paciencia. A ese propósito, me acuerdo de

un episodio que me sucedió cuando era niña: un día había un caballo en el jardín que nos impedía el paso. Mientras los circunstantes, que cuidaban de mí, discutían la manera de apartar al animal, yo pasé tranquilamente por debajo de él. He aquí como es bueno ser pequeñita y mantenerse cada cual en su tamañito».

Con paciencia y humildad, quedaos siempre muy pequeñitos, como los niños, y cuando algún caballo de las dificultades de la vida os amenace u os estorbe en la puerta de la paz de vuestra alma, como Teresa —ideprisa!— ípasad por debajo!

La bella corona de los héroes y mártires de la voluntad de Dios

Querríamos la gloria del martirio. ¡Qué envidia nos causan los héroes cristianos en la arena del anfiteatro, en las cárceles, en los caballetes, en la cruz! Y podemos tener la gloria del martirio, y de un martirio no menos glorioso que el de quienes derramaron su sangre por la causa de Cristo.

Dice San Agustín que el martirio no consiste en la pena, sino en la causa o fin por el que se muere. Y el Doctor Ángelico enseña que se puede ser verdadero mártir muriendo en el ejercicio de un acto virtuoso. Aceptar lo que el Cielo nos envía de sufrimiento y de cruces, así como —y principalmente— la muerte, para agradar a Dios y conformarnos con su santísima voluntad, es, por tanto, martirio y tiene el mérito del martirio. Y quien hace ese acto, dice con autoridad San Alfonso, aunque no muera en manos de un verdugo, tiene el mérito del martirio.

Las voces autorizadas de tres doctores de la Iglesia afirman que podemos tener la gloria del martirio sin derramar nuestra sangre, con la sim-



Santa Teresa del Niño Jesús fotografiada en julio de 1896 por su hermana Celina

Aceptar el dolor sin queja es virtud; aceptarlo con una sonrisa es heroísmo; cuando el sufrimiento llega, hay que recibirllo como a un huésped querido

ple aceptación heroica de la voluntad de Dios.

¿No tenemos, por ventura, en nuestra vida tantas ocasiones de ejercer heroicamente la virtud de la paciencia? ¿Y un deber que cumplir cada día, monótono, duro, casi imposible? ¿Y lo que sufrimos de los que nos molestan? ¿Y una enfermedad mortificante, prolongada, quizá incurable?

¿No queréis, pues, la gloria de los mártires? ¿Por qué no aprovecháis el martirio que el Señor os envía? ¡Qué bella corona les reserva el Rey de los mártires a los héroes y mártires de la santísima voluntad de Dios!

Inútil...

«¡Soy un inútil!», gime alguien en su lecho de dolor, reducido a una inacción dolorosa. Quiere trabajar, quiere luchar como antes y se ve atado, de manos y pies, en un lecho, preso a la monotonía de una habitación de enfermo. ¡Cuán inútil soy! Qué pensamiento desgarrador, por ejemplo, para un corazón de apóstol, sediento de lucha por la salvación de las almas, al contemplar las meses ya maduras y... sin obreros.

¡Ah! No digamos «soy un inútil» cuando la voluntad de Dios es que suframos. Inútil era, tal vez, todo nuestro trabajo; sin vida interior, sin pureza de intención Dios no necesita de nosotros. Somos meros instrumentos en sus manos divinas. Y el instrumento puede ser robusto o enfermo, grande o pequeño. La salvación de las almas es obra divina. En el lecho de dolor, el apóstol puede salvar más almas por la paciencia que por las predicaciones más brillantes.

«Lo que glorifica a Dios», dice San Alfonso, «no son nuestras obras, sino nuestra resignación y conformidad a su santa voluntad». El apostulado del sufrimiento, por ser el más oculto y penoso, es también el más eficaz. Escribía Santa Teresa del Niño Jesús a un misionero: «Hermano, el Señor quiere afirmar su Reino en las almas mucho más por el sufrimiento y la persecución que por brillantes predicaciones».

No eres inútil en la cruz de la enfermedad. ¡Oh, no, buen apóstol!

¡Estás afirmando el Reino de Dios en las almas! [...]

iDios no lo quiso!

Dios quiere de nosotros una sola y única cosa: el cumplimiento de su voluntad santísima. Lo demás es accesorio y hasta inútil y peligroso para nuestra salvación. El deber cumplido nos asegura también el cumplimiento de la voluntad de Dios. Quien hizo lo que debía, hizo lo que pudo, hizo lo que Dios quiso, y se puede quedar tranquilo y abandonarse enteramente en las manos de la Divina Providencia.

¿Un buen suceso? ¿Una victoria? ¿El éxito? ¡Poco importan! ¿Si Dios los quiso? ¡«Te Deum laudamus»! ¿Reveses, fracasos, humillaciones? ¿Dios los permitió? ¡Alabado sea Dios! ¿Tenemos la certeza de haber cumplido el deber y la conciencia está tranquila? Todo va bien. ¡Dios no lo quiso!

La pureza de intención es lo que vale en nuestras obras. Vigilemos nuestra pureza de intención y nunca nos quedaremos sorprendidos con los fracasos de nuestras buenas obras. Apegémonos únicamente a la voluntad de Dios y permanezcamos indiferentes al éxito o al infortunio, a la victoria o a los reveses. Dice el P. Lehodey: «Sabemos que Dios quiere de nosotros esa buena obra, pero desconocemos sus ulteriores intenciones. A menudo, para ejercitarnos en la virtud de la santa indiferencia, nos inspira designios muy elevados en los que, sin embargo, no quiere que haya éxito».

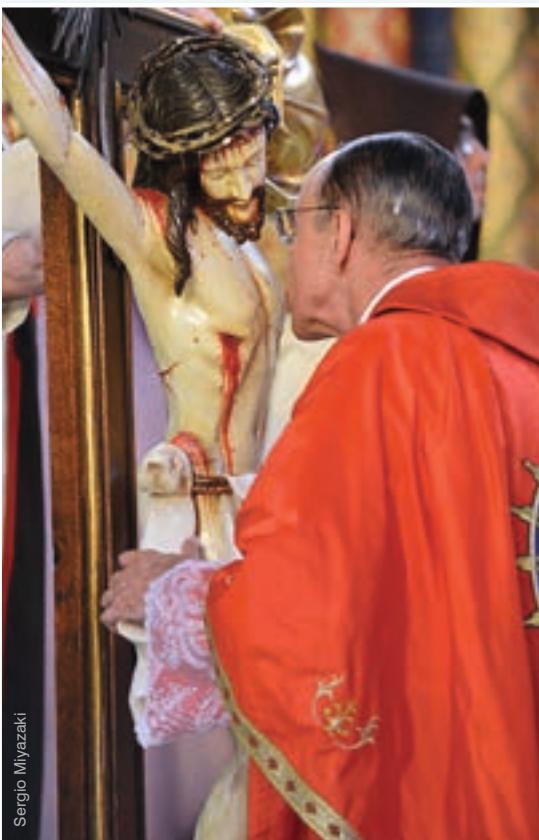
¿Nos quejamos, nos lamentamos, dudamos de la Providencia? Sería orgullo y locura. ¡Dios sabe lo que hace! Si el fracaso nos ha humillado y

ha purificado nuestra intención, ¡bendigamos a Dios! ¡Ha perecido esta obra de celo para nuestro bien! ¡Dios no la quiso!

«iDéjame plantar la cruz!»

El Señor quiere salvarnos por la cruz. Ya lo he repetido y dicho aquí

*«Lo que glorifica
a Dios no son
nuestras obras,
sino nuestra
resignación y
conformidad a su
santa voluntad»*



Mons. João Scognamiglio Clá Dias, EP, adorando la Santa Cruz en el Oficio de la Pasión del Señor, Basílica de Nuestra Señora del Rosario, 29/3/2013

muchas veces. Parece que nos dijera, cuando se nos presenta con la cruz: «Alma querida, déjame plantar mi cruz en tu corazón». ¡Seamos generosos, vamos! Que la plante Él donde y como quiera, y que la deje bien afirmada. ¡Que la tempestad de mis ingratitudes y los vientos furiosos de las tentaciones no la puedan tumbar nunca!

Sólo el Señor sabe dónde plantar su cruz en la tierra árida de mi corazón. Es necesario cavar la tierra, y las azadas de las pruebas, en manos de buenos obreros —las criaturas que nos persiguen y humillan— preparan el hoyo. Después la cruz es levantada. Es un sufrimiento más. Cuando la cruz no está en los hombros, sino que penetra en una llaga abierta y sangrante, icómo cuesta soportarla, Dios mío!... ¡Dejemos que el Señor plante esa cruz bendita! Morimos de dolor, en una agonía triste. ¡No importa! ¡Resucitaremos en el amor!

¡Feliz, mil veces feliz el alma que ha comprendido el misterio de la cruz! En el desierto de esta vida, sólo hay un refugio seguro: la sombra del árbol frondoso de la cruz. No tengamos miedo de la cruz. Dejemos que el Señor venga, sí, dejemos que venga cuando y con la cruz que quiera.

Y nos dirá, lleno de amor: «iDéjame plantar la cruz!». Plántala, sí, Jesús mío, en este desierto de mi corazón ingrato, aquí bien en el centro, o mejor, donde quieras. Pero plántala bien, iporque la tempestad aquí es fuerte! ♦

Extraído de:
BRANDÃO, Ascânio.
Breviário da confiança.
São Paulo: Ave-Maria,
1936, pp. 64-76.

¿Cuál es el valor del martirio?

Para la mentalidad contemporánea, tan reacia al sufrimiento, el martirio de Santa Engracia de Braga no pasa de un episodio propio a despertar tristeza o depresión... No es así, sin embargo, como lo considera la Iglesia.

Hna. Natasha Ramos Siedlarczyk, EP



Siglo XI.¹ Un pastor está dando de beber a sus ovejas en las proximidades del río Guadiana. De repente, una luz muy fuerte comienza a salir de dentro de las aguas... Atónito, el guardián del rebaño corre para pedir ayuda a algunas personas de las cercanías, quienes rescataron enseguida el «objeto» que espaciaba tanta luminosidad: iuna cabeza humana, intacta y radiante!

Más tarde, se supo que pertenecía a una joven cristiana llamada Engracia. De pequeña, movida por una sincera piedad, había hecho voto de virginidad. Sin embargo, conforme a las costumbres de la época, su padre acabó prometiéndola en matrimonio. Afligida ante la posibilidad de ser obligada a romper su voto, la joven huyó hacia Castilla.

Al enterarse de lo ocurrido, su novio salió furioso para darle alcance. La encontró en medio de los montes, cerca de la actual Carbajales de Alba, y, asumido por un odio descontrolado, la decapitó. Para librarse de ser acusado, se llevó consigo la cabeza de su inocente víctima, pero en el camino de vuelta la arrojó al agua cerca de la ciudad de Badajoz, donde sería encontrada milagrosamente.

Para el que no tiene fe, el relato de este hecho despierta nada más que tristeza o depresión. No obstante, visto con ojos sobrenaturales nos está narrando una victoria esplendorosa

de la castidad sobre la concupiscencia y de la virtud contra el pecado.

Ahora bien, icuán difícil es para el mundo actual, de mentalidad tan reacia al sufrimiento, comprender la belleza del martirio sufrido por amor a Dios...! Los hombres de hoy en día consideran inadmisible que alguien acepte enfrentar la muerte, con ánimo, en defensa de su fe y de sus ideales; y proclamar lo contrario significa ser tenido por «loco» o «fanático».

¿Cuál es entonces el sentido del sacrificio de la vida de tantos cristianos martirizados a lo largo de la Historia? ¿No eran más que unos radicales desequilibrados que tiraron a la basura su propia existencia? ¿Cuál es el verdadero valor de su holocausto?

¡Con la mirada puesta en la eternidad!

Así como un águila sólo encuentra su razón de existir desafiando los aires y contemplando el sol en todo su esplendor, la vida humana únicamente tiene verdadera explicación en función de la eternidad.

El recorrido a través de este valle de lágrimas es, para cualquier persona, un simple paso durante el cual debe luchar y adquirir méritos para conquistar la Patria celestial. Habitar con sus hermanos, los justos, miembros de la familia de Dios: ihe ahí la verdadera vida!

Desde ese prisma sobrenatural, se vuelve más fácilmente comprensible el heroísmo de los mártires, quienes «fueron torturados hasta la muerte, rechazando el rescate, para obtener una resurrección mejor» (Heb 11, 35). No pusieron su esperanza en esta vida efímera, sino en aquella herencia incorruptible, intachable e inmarcesible, reservada para ellos en el Cielo (cf. 1 Pe 1, 4).

Conocían cómo era esa resurrección de los muertos: «se siembra un cuerpo corruptible, resucita incorruptible; se siembra un cuerpo sin gloria, resucita glorioso; se siembra un cuerpo débil, resucita lleno de fortaleza» (1 Cor 15, 42-43). De modo que, en un supremo acto de amor a Dios, optaron por mantener íntegra su fe y rechazar las capciosas invitaciones al pecado. No se dejaron intimidar al ver acortados sus días en esta tierra de exilio, sino que, al contrario, se alegraron de poder conquistar con gloriosa antelación el eterno Reino de los Cielos.

Aquellos que tienen su corazón prendido a este mundo y hacen de los placeres de esta vida su fin último no son capaces de entender la grandeza de ese gesto. Son como águilas sin alas, frustradas, sin un futuro más que la muerte perpetua...

Ahora bien, las Escrituras nos enseñan que «los impíos serán castigados por sus pensamientos. [...] Vana es su esperanza, baldíos sus esfuer-

zos e inútiles sus obras. [...] Aunque vivan largos años, nadie los tendrá en cuenta, y al final su vejez será deshonrosa. Si mueren pronto, no tendrán esperanza, ni consuelo en el día del juicio» (Sab 3, 10-11.17-18).

«Quae utilitas in sanguine eorum?»²

A los ojos de Dios la muerte de un mártir es más preciosa que mil vidas llevadas lejos de su temor. «La representación de este mundo se termina» (1 Cor 7, 31) para todos los hombres; ibienaventurados, pues, los que saben desapegarse de su vida a causa de Jesús!

A semejanza del martirio padecido por Cristo, la sangre derramada por los mártires en íntima unión con Él conquista de Dios para toda la Iglesia —militante, purgante y triunfante— gracias insignes y dones preciosísimos que incluso pueden cambiar el rumbo de la Historia.

De hecho, detrás de la fidelidad de una Santa Clara, que ahuyentó lejos de su convento a centenares de infieles, o de un gran San Luis IX, que santificó el reino de Francia y emprendió arduas cruzadas, ¿no estará tal vez el valor sobrenatural de la sangre de una Santa Engracia? ¿No

habrá contribuido abundantemente, con su modesta generosidad, a la correspondencia y perseverancia de esas y de tantas otras vocaciones magníficas? No es ilícito que creamos que sí.

iSeamos mártires de amor!

En medio de las incertidumbres de esta vida, con frecuencia nos asaltan padecimientos, grandes o pequeños, físicos o espirituales. En esos momentos, recordemos: lo que hizo agradable a Dios el sacrificio de los mártires y de todos los santos no fueron tanto los tormentos que soportaron, sino sobre todo el amor cristalizado con el cual se inmolaron.

La mínima dificultad que enfrentemos, el más simple sacrificio reali-

zado a lo largo de nuestro día a día, si están impregnados de caridad ardiente, serán recibidos por Dios como un agradable holocausto. Los aceptará como un valioso «martirio» y se valdrá de ellos para derramar gracias sobre nuestros hermanos en la fe y para promover el triunfo de la Santa Iglesia.

Si nuestro corazón está inflamado de amor, sin necesidad de verter nuestra sangre en un martirio cruento, seremos dignos de ser contados en el número de las ardorosas hostias vivas de Cristo. Templos del Espíritu Santo, seremos espectáculos de heroísmo, almas angelicales de las cuales el mundo no es digno de ellas (cf. Heb 11, 38).

Cosechados por Dios como sacrificio agradabilísimo y de suave olor, nuestros actos impregnados de amor nos convertirán en brillantes luceros por siempre jamás. ♦

¹ No existen datos seguros sobre la fecha de este episodio, pero José Luis Repetto Betes afirma que ocurrió «en la mitad del siglo XI en el reinado de Fernando I de Castilla y León» (ECHEVERRÍA, Lamberto de; LLORCA, SJ, Bernardino; REPETTO BETES, José Luis (Org). *Año Cristiano*. Madrid: BAC, 2003, v. II, p. 615).

² Del latín: «¿Cuál es la utilidad de su sangre?».

La sangre derramada por los mártires conquista de Dios gracias insignes y dones preciosísimos para toda la Iglesia



Francisco Lecaros

Martirio del Beato Nicolás Alberca y compañeros - Iglesia de San Francisco, Puebla (México)

El Miércoles de Ceniza en sus comienzos

Al inicio de la Cuaresma el cortejo de los pecadores entraba por el fondo de la iglesia rezando el «Miserere». No obstante sofocados interiormente por la culpa, se sentían al mismo tiempo alentados por la promesa del propio Juez.

Plinio Corrêa de Oliveira



Para que se entienda mejor la intención de la Iglesia al instituir el ceremonial del Miércoles de Ceniza hay que tener en cuenta sus orígenes, así como las repercusiones que tuvo en la época en la que fue establecido.

Por lo tanto, vamos a necesitar dirigir nuestra atención hacia un pasado lejano, ya que esa práctica, a semejanza de casi todas las demás, se constituyó de una manera definitiva en el Edad Media.

La Iglesia era el centro de la vida social

Empecemos analizando cómo eran las ciudades de ese tiempo en el que surgió dicho ritual.

Por lo que ha quedado de ellas en nuestros días, o bien por lo que retratan algunas ilustraciones, se ve que eran pequeñitas, con calles estrechas,

al objeto de que cupieran dentro de las murallas forzosamente restringidas para defender mejor a sus habitantes de los ataques enemigos. Las casas estaban muy próximas unas de las otras y, como el piso superior sobresalía un poco hacia la calle, desde la ventana de una de esas viviendas casi se podía tocar, extendiendo el brazo, la que estaba enfrente.

En el centro de esa maraña orgánica de edificios se erguía el campanario de la iglesia. A menudo solían ser varios, de distintas parroquias, monasterios o conventos, en torno a los cuales se congregaba el pueblo, pues en aquella época todo lo que pasaba en la Iglesia constituía el centro de la vida social.

Los pecadores ante la sociedad

En esas poblaciones existían pecadores públicos culpables de un cri-

men notorio como, por ejemplo, el de haber matado a alguien durante el año. Otros habían blasfemado públicamente contra Dios y la Iglesia y seguían en su obstinación aún después de haber sido reprendidos. También existían personas o familias ostensivamente apartadas de la Iglesia, que habían dejado de asistir a Misa y frequentar los sacramentos.

El concepto del hombre medieval con respecto a esos pecadores era: «Son altamente censurables. Debemos mantenernos alejados de ellos porque una persona recta no convive con el pecador; y si necesita relacionarse con alguno de ellos lo hace a distancia y con frialdad. Mientras no se arrepienta y haga penitencia es un enemigo de Dios y, por tanto, del género humano».

Sin embargo, tan en el centro de la sociedad medieval estaba la Iglesia

que hasta esas personas iban al templo con ocasión del Miércoles de Ceniza, incluso sabiendo la mayor parte de ellas que iban por el mal camino y les pesaba vivir en ese estado, aunque no quisieran abandonarlo.

Además de éstos, en las ceremonias del Miércoles de Ceniza participaban otro tipo de pecadores: los que se denunciaban a sí mismos como tales. A veces eran hombres tenidos por muy virtuosos los que aparecían acusándose de alguna falta. Al haber sido objeto de honores y consideraciones a los cuales no tenían derecho, deseaban recibir, arrepentidos, el merecido desprecio.

A esos dos grupos se les sumaba el de los que habían pecado de forma no notoria. Eran personas que, habiéndole faltado a Dios interiormente, se juntaban a las primeras para hacer penitencia y reparar sus culpas.

«Acercaos al lugar de donde os viene el perdón»

Así que cuando ese día empezaban a tocar las campanas, convocando al pueblo, los habitantes de la ciudad iban saliendo de sus casas en dirección a la iglesia.

Imaginemos el estado de espíritu de los pecadores yendo en grupo por la calle al lado de la población inocente mientras vislumbraban de lejos la fachada de la iglesia, adornada de santos y de ángeles, con una imagen del Crucificado en el centro —o de Nuestro Señor Jesucristo bendiciendo, o bien una de la Virgen de las vírgenes, concebida sin pecado original.

Todavía con el tañido de las campanas de fondo, llegaban al templo, que se yergue imponente, aparentando severidad, aunque al mismo tiempo se presenta tan acojedor que parece decirles: «¡Venid, hijos! Habéis pecado, pero acercaos al lugar de donde os viene el perdón, confesaos y arrepentíos». Entraban y, una vez concluida la ceremonia, se retiraban a un sitio determinado para hacer penitencia.

Todo esto revestía autenticidad porque el hombre de la Edad Media poseía una profunda noción de la gravedad del pecado.

Dios se toma en serio a sí mismo

¿Cómo mantener encendida en nosotros esa noción que innumerables circunstancias nos intentan deslustrar?

Para que entendamos mejor la cuestión voy a formular una pregunta un tanto extraña. ¿Qué pensarían mis oyentes de alguien que nos hiciera la siguiente acusación: «Es usted un individuo frívolo que no se toma en serio ni a sí mismo»? La respuesta a tal injuria podría ser una bofetada. Pues una persona de este tipo no sirve para nada. Tomarse en serio a sí mismo es el primer paso para que alguien consiga ser algo en la vida.

Ahora bien, cómo sería más descabellada, por no decir blasfema, ha-



Catedral de Chartres (Francia).
Abajo, vista panorámica de Albarracín (España)

Tan en el centro de la sociedad medieval estaba la Iglesia que hasta los pecadores públicos iban al templo el Miércoles de Ceniza



cer esta otra pregunta: «¿Acaso Dios se toma en serio a sí mismo?».

Evidentemente que sí. Él se ama infinitamente y se toma infinitamente en serio. Por eso, cuando establece que la práctica de determinado acto constituye un pecado, los hombres que cometan dicha falta rompen con Él y se convierten en sus enemigos.

Dios no dice algo sin que produzca un efecto inmediato, no proclama una enemistad que no sea auténtica. Si Dios no fuera infinitamente serio, sería el caso de preguntarse si Él existe.

La seriedad de todo ante Dios

Con esa seriedad, que participa de su infinita sabiduría y santidad, el Creador contempla las acciones humanas. Ante ella el pecado se vuelve gravísimo y profundamente execrable.

Quien lo comete se hace más miserable. Por muy rico que sea alguien, cuando peca se convierte en el más desafortunado de los hombres, pues aunque posea todo lo que la tierra le puede ofrecer no tiene nada de lo que el Cielo da.

Además, en cualquier momento la punición divina le puede acaecer a través de numerosas e inesperadas desgracias que se desencadenen sobre él sucesivamente o, peor aún, los castigos del Infierno, para los cuales no hay nada en esta tierra que sirva como término de comparación. Allí hay tinieblas eternas, el fuego quema y no ilumina. Los peores tormentos atenazan continuamente a los pecados, quienes comprenden que para ellos ya no hay más remedio.

El pecador tiene una noción viva de que ha actuado contra Dios. Sabe que no debería haber hecho ese mal, por ser Él infinitamente Santo, Bueno y Verdadero. Sabe, igualmente, que esa tremenda cólera que se desata contra él es fruto de la infinita Justicia divina.

En la Edad Media los pecadores tenían esa noción y por ello iban a la

iglesia para pedir perdón y hacer penitencia.

Una oración dictada por el propio Dios

Quien ha transgredido la ley de Dios debe empezar reconociendo el mal que cometió. Para ello, la Iglesia le incita a que recite los salmos penitenciales,¹ los cuales invitan de modo magnífico a sentir la enorme gravedad y maldad del pecado.

Dios es tan insondablemente bueno que le ha dado al hombre la gloria de ser creado en estado de prueba para que de este modo pueda adquirir méritos. No obstante, muchos hacen mal uso de esa libertad que les ha sido concedida y pecan. Pero el Creador, en lugar de exterminarlos de inmediato, conforme la ofensa lo merecería, les «susurra» al oído palabras propias a hacerles sentir la malicia de lo que hicieron y que les invitan a pedir perdón.

Actúa como un juez que, tras haber recibido a un reo con una majes-

*El cortejo de los pecadores entraba por el fondo de la iglesia rezando:
«Misericordia, Dios mío, por tu bondad, ...»*

tad indescriptible, con una demostración de fuerza y severidad tremendas, envía a alguien para que le entregue una nota que reza: «Si ruegas clemencia con sinceridad de alma y pides perdón con las palabras que están en esta nota, el juez ordena que te atenderá».

De esta forma, el pecador camina en dirección al Supremo Juez rezando una oración que le ha dictado Él mismo con vistas a concederle el

perdón. ¡No se puede imaginar una manifestación de misericordia más grande que esa!

Ese miércoles sagrado, el cortejo de los pecadores entraba por el fondo de la iglesia rezando el Miserere: «Misericordia, Dios mío, por tu bondad, por tu inmensa compasión borra mi culpa» (Sal 50, 3). Sofocados interiormente por la infamia de su iniquidad y por la grandeza del Juez, oraban para pedir perdón. Sin embargo, se sentían al mismo tiempo alentados por la promesa del propio Juez, que les había dicho: «Reza de esta forma, hijo mío, procura tener esos sentimientos, y yo me convertiré en tu amigo».

Ahí se ve el magnífico equilibrio de la actitud divina. El Creador está listo para castigar a quien le ofendió, pero prefiere no hacerlo y le dice al hombre que se convirtió en enemigo suyo: «Tú, hijo mío, que eres malo: sé bueno. Aquí tienes las palabras que debes decir. Por medio de ellas mi gracia obrará en tu alma. Responde sí a mi invitación y te volverás más blanco que la nieve».

Confianza inquebrantable en el perdón divino

Todo esto no cabría en una jaculatoria. Cuando el pecador reza los salmos penitenciales está pidiendo muchas veces y de formas muy distintas que Dios le obtenga el perdón.

No obstante, después de haber repetido las palabras enseñadas por el Juez, con las que le suplica de una manera apropiada, correcta y bellísima que le consiga las disposiciones de alma que le harían volver a ser visto con agrado por Él, el penitente se queda con la duda de haber sido atendido. ¿Por qué Dios no le concede enseguida su perdón?

Repite el pedido con nuevos argumentos y, en cierto momento, apela a la propia gloria del Altísimo: «Por tu nombre, Señor, consérvame vivo; por tu clemencia, sácame de la an-

gustia. Por tu fidelidad, dispersa a mis enemigos, destruye a todos mis agresores» (Sal 142, 11-12). Es como si dijera: «En mí no hay nada que merezca tu misericordia. Pero iqué hermoso será para ti perdonarme! Tú amas tu gloria y por amor a tu gloria te pido: dame aquello a lo que no tengo derecho. ¡Perdóname, Señor!».

Razonamientos como este son muy adecuados para hacer que el espíritu se componer de la gravedad del pecado, pero también para adquirir la inquebrantable certeza en el perdón divino del que nos habla otro de los salmos, al cual podríamos llamar «Salmo de la confianza». En él se tiene la impresión de que la esperanza del penitente va *in crescendo* hasta llegar a una especie de explosión: «Tú, el Dios leal, me librarás» (Sal 30, 6).

La gracia habló en el alma del pecador y le dio la certeza de que sería salvado, pero para expiar el pecado que cometió quiere sufrir durante la Cuaresma. Inclinado y de rodillas ante el sacerdote, inicia ese período de reparación recibiendo la ceniza sobre su cabeza y oyendo: «Recuerda, hombre, que polvo eres y al polvo volverás» (cf. Gén 3, 19).

La frase pronunciada por el ministro sagrado equivale a una advertencia. A través de la voz del sacerdote parece que Dios dijera: «¡Cuidado! La muerte ronda a tu alrededor. Soy infinitamente bueno, pero también justo. Ve y haz penitencia».

Equilibrio entre justicia y misericordia

La principal de las penitencias consistía en el ayuno. Algunos de esos pecadores llegaban a pasar los cuarenta días a pan y agua. Pero ha-



Mons. João S. Clá Dias impone la ceniza a un heraldo en Genazzano (Italia), 1/3/2006

*De rodillas ante el celebrante, el penitente recibe la ceniza oyendo:
«Recuerda, hombre,
que polvo eres y al polvo volverás»*

bía también una ceremonia de bendición de cilicios, que por lo general eran cinturones llenos de ganchitos de hierro que arañaban la carne en torno al tronco, causando dolorosas heridas. Eran usados durante todo el tiempo cuaresmal por algunos penitentes.

Nótese la belleza de esa actitud de la Iglesia. Al mismo tiempo que estimula el uso de esos objetos, institu-

ye una ceremonia para bendecirlos, como diciendo: «Peniténciate hasta sangrar. Sin embargo, como tú eres mi hijo, voy a derramar mi bendición sobre el instrumento que te tortura».

Aquí se ve, una vez más, el equilibrio entre justicia y misericordia, virtudes que debemos amar por igual, de manera que cuando Dios le dice al pecador: «¡Te execraro!», debemos excluir con la misma alegría con que lo haríamos ante una manifestación de su bondad infinita.

Cuando el pecador comprende la maldad de su pecado y percibe cómo su falta es odiada por Dios, también entiende cómo Dios es la Pureza. Y ante la Pureza infinita de Dios, ¿cómo puede uno no entusiasmarse? Quien tiene horror a un determinado pecado, ama la virtud a la cual éste se opone.

Es sumamente necesario que tengamos entusiasmo por la seriedad y severidad de Dios y, por eso, una bonita oración para rezarla durante esta Cuaresma sería la siguiente: «Oh, Señor mío, cómo odias mis pecados! Yo te suplico: idame una centella de tu odio sagrado en relación con ellos». Pero enseguida debemos pedirle su misericordia. Sin ella, ¿quién podrá subsistir? ♦

Extraído, con

pequeñas adaptaciones,
de la revista «Dr. Plinio».

São Paulo. Año XIV.

N.º 157 (abr, 2011); pp. 30-35.

¹ Los salmos 6, 31, 37, 50 (*Miserere*), 101, 129 (*De profundis*) y 142 son tradicionalmente denominados por la Iglesia «*salmos penitenciales*», pues en ellos el salmista reconoce la gravedad de su pecado y ruega a Dios el inmerecido perdón.



«Juntos trabajaremos y

Secretario de Estado de San Pío X, el cardenal Merry del Val fue escudo, brazo derecho y amigo íntimo del bienaventurado pontífice, además de valioso instrumento en sus manos en el gobierno del Cuerpo Místico de Cristo.



Alison Batista de Oliveira

De entre los numerosos episodios contenidos en la Sagrada Escritura llama la atención el singular vínculo que existía entre David y el hijo de Saúl: «El ánimo de Jonatán quedó unido al de David y lo amó como a sí mismo» (1 Sam 18, 1). Tales relaciones, difíciles de ser entendidas por la mentalidad moderna, eran del todo sobrenaturales. Estaban fundadas sobre una fidelidad diamantina y sobre lo que podría denominarse de vasallaje mutuo.

Algo muy similar ocurrió, sin duda, en la vida del cardenal Rafael Merry del Val, la cual se podría dividir en «antes de Pío X» y «después de Pío X».

El despuntar de una gran vocación

Bautizado con un extenso nombre, a usanza entre las familias nobles de la época, con el fin de invocar la protección de numerosos santos, Rafael María José Pedro Francisco de Borja Domingo Gerardo de la Santísima Trinidad, más conocido como Rafael Merry del Val, nació en Londres el 10 de octubre de 1865. Sus padres, Rafael Carlos Merry del Val y Sofía Josefa de Zulueta y Wilcox, le

dejaron como legado la sangre irlandesa, inglesa, escocesa, holandesa y, sobre todo, la española de las regiones de Andalucía, Aragón y Navarra.

Su vocación religiosa despuntó en la niñez. En cierta ocasión, uno de sus tíos, el sacerdote jesuita Francisco Zulueta, le preguntó qué quería ser de mayor y, sin titubear, le respondió con rapidez: «Obispo». ¹

Pese a este deseo suyo, al joven Rafael le gustaban mucho los deportes, como la natación o el tenis, y se inclinaba por la vida militar, especialmente por el cuerpo de artillería... De modo que enseguida se vio en un dilema: ¿qué camino elegiría?

Un día, tratando de saber si el muchacho realmente quería abrazar la vía religiosa, su padre le preguntó: «Rafael, ¿cómo podrás ser sacerdote, tú, que eres tan amante de los deportes, de los juegos, de la equitación...?». Y él le contesta, firme y decididamente: «Papá, por Dios se puede y se debe sacrificar todo». ² Con esta primera renuncia estaba dando un paso decisivo en el empinado camino hacia la santidad.

Con vistas a su formación sacerdotal, a los dieciocho años ingresó en el Ushaw College, de Inglaterra, para

cursar Filosofía y aquí, en la primavera de 1885, fue donde recibió las órdenes menores. Siguiendo el consejo del cardenal Vaughan, arzobispo de Westminster, de que continuara sus estudios en Roma, hacia allí marchó acompañado por su padre.

Por invitación del Papa ingresa en la Academia Pontificia Eclesiástica

Cuando supo de la llegada del embajador Merry del Val y su hijo a la Ciudad Eterna, el Papa León XIII manifestó su deseo de recibirlos en audiencia. Y, en ese primer encuentro, ya dio muestras de gran predilección por el joven Rafael al invitarle a estudiar en la Accademia dei Nobili Ecclesiastici. Esta institución, actualmente llamada Academia Pontificia Eclesiástica, es la escuela diplomática del Vaticano donde se forman los que servirán a la Santa Sede en las nunciaturas y otros cargos eminentes de representación.

Pensando que era demasiado osado el paso que León XIII le estaba pidiendo a un veinteañero, el embajador intentó disuadir al pontífice, pero no lo logró. Ante los argumentos presentados, el Papa le respon-

sufriremos por la Iglesia»

dió: «Permítame, Sr. Embajador, decirle que desde este momento Rafael no sólo es hijo suyo, sino también Nuestro. Y Nos deseamos que vaya a la Academia».³

Y luego, como si esto no bastara, le envió un recado: «Los que vienen a Roma deben obedecer al Papa o, de lo contrario, más vale que se marchen...».⁴ Así, el joven clérigo —el único no sacerdote de la Academia de Nobles Eclesiásticos— continuó aquí con sus estudios.

Sin embargo, la predilección de León XIII no se detuvo en ese gesto. Dos años después Rafael recibiría el título de monseñor, incluso antes de ser sacerdote, y empezaría a vestirse como los obispos, a excepción del sotolio, cruz pectoral y anillo.

A partir de entonces el jovencísimo Mons. Merry del Val emprendió varios viajes diplomáticos.

«Nada podría ser tan contrario a mis aspiraciones...»

En 1888 recibe el diaconato y, a continuación, el presbiterado, con 23 años. Ambas ordenaciones son realizadas por el cardenal Lucio Parocchi, el mismo que unos años antes había consagrado a Mons. José Sarto, futuro San Pío X, como obispo de Mantua.

El nuevo sacerdote espera llevar a cabo su gran anhelo de dedicarse enteramente al apostolado asumiendo el cuidado de alguna parroquia en Inglaterra, donde pretendía trabajar por la conversión de aquellos que se habían alejado de la Sede de Pedro. No obstante, le será pedido un sacrificio más, un paso más en la escalada hacia la santidad...

León XIII quiere que continúe en la vida diplomática. Para ello, lo nombra su Camarero secreto participante (hoy Capellán Papal), Prelado doméstico —actual Prelado de honor— de Su Santidad y, además, le confía importantes encargos, como el de delegado pontificio en un viaje a Canadá, cuando tan sólo tenía 32 años. Al regreso de esta misión, en poco tiempo, recibe la ordenación episcopal y es designado a la presidencia de la Academia donde anteriormente había estudiado. Con 35 años ¡Merry del Val se convertiría en arzobispo!

En esa época le escribió una carta a un amigo en la que se notaba su humildad y modestia, a pesar de tanta gloria: «Nada podría ser tan contrario a mis aspiraciones... Hubiera pensado que Nuestro Señor me haría la gracia de llamarlo a mí, antes que enviarme esto...».⁵

También sirve como testimonio de esa actitud de alma la famosa Letanía de la Humildad, escrita en inglés y atribuida a él.

Ni la muerte los separará

Agosto de 1903. Los cardenales se encuentran reunidos en Roma. Recientemente había fallecido León XIII, a quien tanto le debía Mons. Merry del Val. Es elegido secretario y organizador del cónclave y como tal le corresponde relacionarse con los príncipes de la Santa Iglesia y recoger sus votos.

Tras algunos escrutinios, la elección recae sobre el Patriarca de Venecia, el cardenal José Sarto. Sin embargo, el purpurado se resiste a aceptarlo... Y el tiempo corre.

Entonces el cardenal decano le incumbe a Mons. Merry del Val que



Retrato oficial del Papa San Pío X, realizado el 9/8/1903. En la página anterior, el cardenal Merry del Val fotografiado en octubre de 1903

fuera a conversar con él y consiguiera que se pronunciara definitivamente sobre su aceptación o, tal vez, su negativa al papado.

Se dirigió a la capilla paulina y lo encuentra arrodillado ante el cuadro de Nuestra Señora del Buen Consejo, con la cabeza entre las manos y los codos apoyados en un banco de madera. Mientras el secretario le comenta la situación, las lágrimas caían por las mejillas del cardenal. Las únicas palabras que Mons. Merry del Val logra pronunciar tras explicarle que necesitaba una respuesta fueron: «Ánimo, eminencia; el Señor le ayudará».⁶

Al día siguiente por la mañana, el 4 de agosto, ante una multitud que abarrotaba la plaza de San Pedro, la fumaña blanca empieza a salir, las campanas repican y en breve resuena el anuncio: *Habemus Papam*. El cardenal José Sarto había aceptado el ministerio y elegido el nombre de Pío X.

Ese mismo día por la noche, Mons. Merry del Val se dirige a los aposentos de Su Santidad para que le firmara algunas cartas y despedirse de él, ya que su trabajo como secretario

había terminado. Al finalizar el despacho le dice el Santo Padre: «Monseñor, ¿quiere abandonarme? No, no. ¡Quédese! Aún no he decidido nada. No sé todavía lo que debo hacer. De momento no tengo a nadie. Quédese conmigo como prosecretario de Estado; más adelante, ya veremos».⁷

Pero habían pasado dos meses y el nuevo Papa no había elegido a su secretario de Estado... Los rumores corrían por todas partes: «¿Quién será el próximo? Sin duda —decían muchos— no será Merry del Val; es muy joven, isólo tiene 38 años!». Muy distinta, no obstante, era la opinión del pontífice... Al enterarse Rafael de lo que decían sobre su nombramiento intentó en vano disuadir a Pío X.

Tras un despacho, en octubre de 1903, el Papa le entrega un sobre diciéndole: «¡Ah, monseñor!, esto es para usted». Nada más salir de la habitación el cardenal Mocenni, que conocía la nueva noticia, lo aborda y le pregunta sobre las novedades. Mons. Merry del Val no le entiende y cuando le interroga si ha recibido algo se acuerda del sobre. Al abrirlo ve que el Santo Padre, de su propio puño, le pide que asuma la función de secretario de Estado y manifiesta el deseo de crearlo cardenal de la Santa Iglesia Católica Romana.

De vuelta a los aposentos de San Pío X, intenta una vez más di-

suadirlo, pero recibe como paternal respuesta palabras similares a las que dos meses antes él mismo le había dirigido al cardenal Sarto —ahora Su Santidad Pío X— ante el cuadro de la Madre del Buen Consejo: «Trabajaremos juntos, monseñor, y juntos sufriremos por amor a la Iglesia».⁸

Quedaba consignada aquel día una amistad que enfrentaría las turbulencias del mundo, los venenos de las herejías, el dolor del rechazo; se había consolidado una unión de almas que ni la muerte separaría.

«Tu Padre, que ve en lo secreto, te lo recompensará»

El que no acompaña a una persona en su intimidad, nunca podrá afirmar que la conoce enteramente...

Si alguien entrara en la vida privada del cardenal Merry del Val, un hombre tan dotado, nacido de buena familia y ya en su juventud galardonado con numerosos cargos y títulos honoríficos, ¿qué vería?

Durante el tiempo en el que fue secretario de Estado cuidó de los bienes de la Santa Sede sin usarlos jamás para sí. Incluso el colchón en el cual descansaba fue el mismo a lo largo de cuarenta años.

Cuando San Pío X lo eligió para el cardenalato le dio una buena suma de dinero, para ayudarle con los gastos que el nombramiento le acarreaba.

El cardenal Merry del Val inmediatamente intentó devolverle al Santo Padre la cantidad recibida, pero éste la rechazó. Entonces guardó el donativo y lo empleó en el momento justo: financiar la instalación de algunos calentadores de agua en el palacio pontificio, para uso precisamente de aquel que le había ofrecido la gratificación...

En 1914 San Pío X le dio como residencia la Palazzina de Santa Marta, una pequeña casa situada al lado de la Basílica Vaticana que, pese a ser muy digna, se encontraba en una situación algo precaria. Para reformarla recurrió a su progenitor, al objeto de no utilizar los medios de la Iglesia para sí mismo.

Otra virtud muy edificante que en él se podía contemplar era su desvelo por las almas.

Recordemos que, en su juventud, el cardenal Merry del Val anhelaba ser párroco. A pesar de que Dios le pidió que renunciara a ese deseo, le concedió una pequeña comunidad, de la cual sería su «arcángel San Rafael» y protector: los niños del Trastévere, de quien cuidó con todo amor y cariño, dándoles catequesis, celebrando Misa y oyendo confesiones.

Su desvelo por la liturgia no conocía descanso. Habiendo recibido el encargo de arcipreste de la Basílica de San Pedro, se empeñaba en ofi-

Quedaba consignada una amistad que enfrentaría el dolor del rechazo; se había consolidado una unión de almas que ni la muerte separaría

El Papa San Pío X despachando con su secretario de Estado



ciar y estar siempre presente en las Misa s y en el coro.

Finalmente, tras su muerte encontraron en su cuarto un baúl con los cilicios y disciplinas que usaba para mortificarse, en los cuales había vestigios de sangre...

Su actitud de alma en la intimidad, toda hecha de modestia, era propiamente evangélica: «Entra en tu cuarto, cierra la puerta y ora a tu Padre, que está en lo secreto, y tu Padre, que ve en lo secreto, te lo recompensará» (Mt 6, 6). El cardenal Merry del Val vivía en la presencia de Dios.

«Un luto que llevaré toda mi vida»

En agosto de 1914, San Pío X se sintió indispuesto. A primera vista no se trataba de nada grave y, según el diagnóstico médico, en un día estaría completamente recuperado. Sin embargo, nadie ha podido aún explicar el cambio tan brusco que se produjo en la noche siguiente...

Por la mañana el estado de salud del Santo Padre era preocupante. Al ver a su fiel secretario, le apretó la mano con mucha fuerza, murmurando solamente: «Eminencia, eminencia». Y enseguida recibió los últimos sacramentos. Sus últimas palabras fueron: «Me resigno totalmente». Luego perdió la facultad de hablar, aunque permanecía lúcido.

Después de algún tiempo, el cardenal Merry del Val entró nuevamente en la habitación de San Pío X, que de inmediato fijó en él la mirada y le agarró la mano, permaneciendo así durante cuarenta minutos. Más tarde, el cardenal registraría en sus memorias: «Finalmente, dejó caer pesadamente su cabeza en la almohada y cerró los ojos. Parecía que quería decirme adiós. [...] ¿Dónde vas, oh pa-



El cardenal Merry del Val fotografiado en 1914 por Giuseppe Felici

Tras la muerte de San Pío X, el cardenal Merry del Val se convirtió en perfecto estandarte de su presencia e ideal de santidad en la Iglesia

¹ CHÁVEZ, Alberto José González. *Rafael Merry del Val*. Madrid: San Pablo, 2004, p. 23.

² Ídem, p. 28.

³ Ídem, p. 31.

⁴ Ídem, ibídem.

⁵ Ídem, p. 42.

⁶ MERRY DEL VAL, Rafael. *São Pio X: um Santo que eu co-*

nheci de perto. Porto: Civiliza-

ção, [s.d.], p. 14.

⁷ Ídem, p. 20.

⁸ JAVIERRE, José María. *Merry del Val*. 2.^a ed. Bar-

celona: Juan Flores, 1965, p. 140.

⁹ MERRY DEL VAL, op. cit., pp. 145-146.

¹⁰ JAVIERRE, op. cit., p. 581.

¡El momento del reencuentro!

Tras el fallecimiento de San Pío X, el cardenal Merry del Val se puso bajo su protección, convirtiéndose en el perfecto estandarte de su presencia e ideal de santidad en la Iglesia.

Pasó diecisiete años a solas en esta tierra. A fin de cuentas, ¿qué otra compañía tendría valor si aquí ya no estaba su padre, su modelo, su hermano, su guía, su par? Llegaba, no obstante, la hora de reencontrarse con él, ya no en el tiempo, sino en la eternidad.

Juntos habían luchado y sufrido por la Iglesia en vida; similar sería la muerte de ambos. Si el cardenal Merry del Val no entendía qué había ocurrido con San Pío X la noche de su fallecimiento, lo mismo podrá suceder con nosotros en relación con aquel día 26 de febrero de 1930...

Después de una jornada habitual de trabajo, el cardenal se sintió indispuesto y los médicos le diagnosticaron apendicitis. La operación, muy simple, será hecha en la propia Palazzina. Con entera calma —narran los relatos que era él el más sereno de todos— es atendido en confesión, recibe la comunión y se dirige al quirófano. Poco después, el médico comunica que el paciente había fallecido...

Rafael Merry del Val partía para estar junto a su Papa, Pío X. En su testamento dejó consignado su más ardiente anhelo en la tierra, sin duda atentado por Dios de acuerdo con sus arcanos: «Deseo ser enterrado con la mayor sencillez. Quisiera me sea concedido que mis restos descansen lo más cerca posible de mi amado padre y Pontífice Pío X, de santa memoria... Sobre mi tumba escriban sólo mi nombre con estas palabras: “*Da mihi animas, cœtera tolle*”, la aspiración de toda mi vida...».¹⁰ ♦

Perfecto modelo de humildad y sumisión

La que había concebido por obra del Espíritu Santo no tenía necesidad de someterse a ese rito. Sin embargo, la incomparable humildad de la Reina de las vírgenes la llevó a presentarse ante el sacerdote junto con su divino Hijo.



Hna. Ana Rafaela Maragno, EP

Hace cerca de dos milenios la humanidad se encontraba impregnada de orgullo e infidelidad a la ley de Dios.

Los gentiles seguían sus prácticas pecaminosas, teniendo por ley el amor a sí mismos y el olvido de los demás. Los judíos, aunque poseían la luz de las profecías y conocían al Dios verdadero, se habían ido enfriando en la expectativa de la venida de su Redentor y, en consecuencia, no se esforzaban por llevar una vida virtuosa.

Sin embargo, ignoraban que en la pequeña ciudad de Belén una noble y santa pareja ya adoraba a Dios hecho niño, recién nacido. Era el divino Infante a quien la Santísima Virgen había dado a luz y acariciaba entre sus brazos a la espera de que se cumplieran los cuarenta días necesarios para su purificación y la presentación del niño en el Templo, conforme lo prescribía la ley de Moisés.

«Dios da su gracia a los humildes»

¿Qué necesidad había de que el Autor de la ley y la Madre de la gracia acataran los preceptos mosáicos? Ciertamente que ninguna, pero

por amor a la ley que Él mismo había creado y por una profunda humildad se dirigieron al Templo, acompañados por San José.

Aquel «que aún no hacía uso de la palabra para asemejarse en todo a los hombres, menos en el pecado (cf. Heb 4, 15), se comunicaba continuamente de forma mística con sus padres. Y les hizo saber su deseo de cumplir la ley en todo, para dar el buen ejemplo de humildad y obediencia».¹

Fieles a la sobrenatural inspiración, la Virgen y su santo esposo emprendieron el camino hacia Jerusalén llevando al divino Infante. El Dios hombre iba a estar por primera vez en aquella ciudad que, años más tarde, recorrería nuevamente haciendo el bien, y atravesaría, por fin, cargando la cruz a cuestas para consumar su obra de amor.

Así, oculta a los ojos humanos, pero sirviendo de espectáculo para los ángeles, la Sagrada Familia se acercaba al Templo. Al llegar a las murallas María Santísima se detuvo en la puerta, como las demás madres de Israel que no podían entrar antes de purificarse.

La que por obra del Espíritu Santo había concebido virginalmente no

tenía necesidad de someterse a este rito. Sin embargo, la incomparable humildad de la Reina de las vírgenes la condujo a presentarse al sacerdote junto con su divino Hijo.

«Convino que la Madre se conformase con la humildad del Hijo, pues “Dios da su gracia a los humildes” (Sant 4, 6)»,² enseña el Doctor Angélico.

El premio de una fe inquebrantable

Es en ese momento cuando ocurre el encuentro con el anciano Simeón.

Movido por el Espíritu Santo, se acerca a la joven pareja que llevaba la más preciosa criatura, la toma en sus brazos y canta su gloria: «Este ha sido puesto para que muchos en Israel caijan y se levanten; y será como un signo de contradicción, para que se pongan de manifiesto los pensamientos de muchos corazones» (Lc 2, 34-35). Frágil criatura, aparentemente sin entendimiento, el Señor comprendía aquel canto que Él mismo había inspirado...

La sintética narración de ese encuentro, que ocupa tan sólo once versículos del Evangelio de San Lucas,



Gustavo Kralj

La Presentación del Niño Jesús en el Templo, por Fra Angélico
Museo de la basílica de Santa María de las Gracias, San Giovanni Valdarno (Italia)

despierta en nuestros corazones el deseo de conocer las maravillas inefables que el sencillo relato bíblico no desvela. Porque, habiendo permanecido Simeón largos años a la espera del Mesías, debió ser conmovedor el encuentro del anciano con el divino Infante.

Abatido por una vida de grandes pruebas y sufrimientos, llevó en sus brazos la realización de la promesa, como recompensa a su inquebrantable fe. Y el Señor lo acaricia con sus pequeñas manitas, haciendo brotar de los ojos de aquel monumento imperturbable inesperadas lágrimas de alegría. «La fidelidad de Simeón había llegado al extremo y, por eso, fue premiada con sobreabundante consuelo».³

Los humildes siempre serán exaltados

Un aspecto de ese episodio de la vida de Nuestro Señor Jesucristo nos llama especialmente la atención.

Durante su estancia en el Templo, la Virgen y el Niño procuraron ocultarse bajo un velo de humildad, pero

Durante su estancia en el Templo, la Virgen y el Niño procuraron ocultarse bajo un velo de humildad

no faltó quien los reconociera y los aclamara: a Él como Luz de las naciones y Gloria del pueblo de Israel (cf. Lc 2, 32) y a Ella como Madre de la Luz y Corredentora del género humano, porque no es otro el sentido de la profecía de Simeón: «a ti misma una espada te traspasará el alma» (Lc 2, 35); al consentir la Pasión del Señor y padecer junto a Él, María forma parte de la obra redentora de Cristo.

Este es el premio de los humildes: cuanto más se apagan, más los exal-

ta Dios, haciéndolos resplandecer con un brillo creciente. Los orgullosos, al contrario, cuanto más corren detrás de las glorias mundanas, más aislados se sienten y son sepultados en el olvido.

Sigamos el ejemplo de María, Reina de la humildad. Si con tan sólo una palabra que le dirija a su divino Hijo puede obtenernos cualquier gracia, pidámosle que nos haga humildes y cumplidores de la ley. Roguemos también que, a ejemplo de Simeón, nos haga crecer constantemente en la fe y en la fidelidad, de forma que antes de partir hacia el Reino eterno podamos decir: «Ahora llevaos mi alma, porque mis ojos han visto, aún en esta tierra, la gloria de vuestra Madre Santísima». ♦

¹ CLÁ DIAS, EP, João Scognamiglio. *San José: ¿quién lo conoce?...* Madrid: Salvadme Reina de Fátima, 2017, p. 250.

² SANTO TOMÁS DE AQUINO. *Suma Teológica*. III, q. 37, a. 4.

³ CLÁ DIAS, op. cit., p. 253.

¡Silencio sinfónico!

El coro y seis solistas ejecutan, acompañados por la orquesta, el magnífico «Hallelujah» de Händel. Ahora bien, antes de los compases finales, el recinto súbitamente es inmerso en el más completo silencio... ¿Habrá habido algún fallo en la ejecución de la obra?



Hna. Diana Milena Devia Burbano, EP

Vajemos un poco con las alas de la imaginación y remontémonos al año 1743, más concretamente al día 23 de marzo. Situémonos en la Royal Opera House de Londres. Aquí, un hermoso espectáculo nos está esperando: el estreno en suelo inglés del famoso oratorio *El Mesías*, de George Friedrich Händel.

Sentémonos bien cerca del escenario, o en alguno de los palcos laterales, para apreciar mejor el conjunto. La platea de nuestro alrededor está compuesta por nobles de relucientes trajes. El propio rey Jorge II honra con su presencia la actuación.

En cierto momento de la pieza, el coro y los seis solistas se posicionan para, acompañados de la orquesta, cantar el final de la segunda parte del oratorio: el magnífico *Hallelujah*. En ese instante, el monarca se levanta, en señal de admiración por la sublimidad de la obra, e inmediatamente es imitado por todo el público. Esta admirativa actitud del rey se convertirá en una tradición para los ingleses, que será repetida al pie de la letra en cada representación de esa bellísima composición musical.

Pero antes de que resuenen los posteriores compases, tras la aclamación de que el Señor reinará «*for ever*

and ever», el recinto súbitamente permanece en un absoluto silencio... ¿Un fallo en la ejecución? ¡No! Únicamente se trata de una estratégica pausa para que se aprecie mejor el último «*Aleluya*» de la obra.

Durante este corto espacio de tiempo, músicos, cantores y asistentes convergen en un único sentimiento de expectación mientras aguardan atentos el gesto decisivo del director, quien les ordena entonces al coro y la orquesta que ejecuten el arrebatador desenlace de la partitura.

Valiéndonos de la «omnipotencia» de la imaginación, congelemos nuestro curioso viaje en ese exacto momento que precede al glorioso final de la música y aprovechemos ese instante de silencio para meditar un poco...

La música: expresión de sentimientos e imponderables

Entre las distintas manifestaciones artísticas que las civilizaciones han ido desarrollando a lo largo de la Historia, la música ha sido sin duda una de las más elocuentes.

En efecto, la variedad de sonidos, cuando están bien armonizados, es capaz de manifestar lo que sólo se percibe con el corazón y que no siempre es transmisible con palabras: ciertos sentimientos e imponentes que

existen en las regiones más recónditas del alma humana.

Así pues, la música es casi necesaria para el hombre. Nosotros mismos, sin darnos cuenta, somos más musicales de lo que pensamos. ¿Cuántas veces no hemos sentido o bien alegría o bien sosiego al escuchar ciertas melodías, o incluso, como reza el viejo refrán, cantamos para espantar nuestros males cuando estamos tristes o preocupados?

Las celebraciones más importantes de nuestra vida suelen ir acompañadas de alguna canción que se ha hecho famosa con el tiempo. Basata recordar que no existe una fiesta de aniversario de nacimiento sin el tradicional *Cumpleaños feliz*; que los



Gustavo Kraij



A la izquierda, concierto de música clásica en el Teatro Colón de Buenos Aires. Abajo, manuscrito conservado en el convento de San Agustín, Quito; y presentación musical en Zúrich (Suiza)

acordes iniciales de la *Marcha nupcial* de Mendelssohn casi siempre se oyen en las ceremonias de las bodas; que la conocida *Marcha triunfal* de la ópera *Aida* de Verdi clausura con frecuencia los arduos años de estudios en las solemnes graduaciones.

La música, sobre todo, embellece y solemniza el culto divino, preparando a las almas para el contacto con el mundo sobrenatural. Si prestamos atención en las festividades del calendario litúrgico veremos que están marcadas por una melodía que resume en sí la nota característica de cada tiempo.

De manera que mientras los acordes suaves y alcanforados del *Puer Natus* y del *Noche de paz* impregnán el ambiente de la Navidad, las graves

y pausadas melodías del *Parce Domine* o del *Rorate* invitan a la penitencia durante la Cuaresma y el Adviento. Y en el Tiempo Pascual las alegrías de la Resurrección se desdoblan en jubilosos Aleluyas al paso que las sublimes notas del *Te Deum* coronan las solemnes celebraciones de acción de gracias.

Melodías que resumen gracias y estados de espíritu

Sean composiciones vocales, sean instrumentales, la música también es, de forma muy señalada, una expresión del progreso cultural y espiritual de los diferentes pueblos y refleja de un modo muy característico sus estados de espíritu y su mentalidad.

El canto gregoriano es una prueba de ello. Notablemente medieval, siempre estuvo presente en el ceremonial monacal y en las celebraciones litúrgicas. ¿No es verdad que al oírlo hoy día nos sentimos envueltos por esa austera sublimidad tan propia a la civilización de entonces?

Por otra parte, las alegres composiciones instrumentales de finales de la Edad Media, como la francesa *Estampie* o la italiana *Saltarello*, no nos traen algo de aquella vitalidad saltarina e inocente que se regocija al sentirse cercana a Dios?

Ahora bien, con el paso del tiempo, el desarrollo de la música ha ido exigiendo del hombre nuevas técnicas, para que a través de ellas se pudieran transmitir otros aspectos del Creador. Una de ellas consiste en el uso de un elemento aún ignorado por los medievales y poquísimo utilizado en sus composiciones: el silencio.

La fuerza simbólica de los momentos de espera

Por increíble que parezca, el silencio puede producir armonías admirables. Una muestra de esto son las



Con el paso del tiempo, el desarrollo de la música ha ido exigiendo del hombre nuevas técnicas, para transmitir otros aspectos del Creador

composiciones del propio Creador del universo.

Si el lector alguna vez ha analizado ya los sonidos de ciertos fenómenos de la naturaleza, quizás haya tenido la ocasión de apreciar las analogías musicales que Dios puso en ellos. Por ejemplo, el primer acto de la «sinfonía» de un rayo es un bellísimo destello; a él le sigue un breve silencio que, a la manera de lo que sucede en un concierto, anuncia el segundo y grandioso movimiento de la pieza: ¡un magnífico trueno!

Esa breve pausa, durante la cual hay quien se entretiene en someterla a intrigantes cálculos y fórmulas matemáticas, es a su modo tan elocuente como el trueno, ya que proclama su proximidad. Y es curioso notar que, en general, cuanto más largo y silencioso es el tiempo que precede al trueno, más deseamos oírlo; y más violento y sonoro se presenta cuando llega.

En este fenómeno, la naturaleza entera como que retiene su esplendor un instante: todo parece incli-

narse con profunda veneración ante el Amo del universo, cuya implacable justicia será simbolizada a continuación por el trueno. Desde dentro de esa «pausa» respetuosa y sumisa la tempestad estalla en una maravillosa explosión.

Ciertamente, los medievales comprendieron ese aspecto simbólico del silencio, pero no supieron utilizarlo en sus composiciones. Posteriormente, algunas almas sensibles se aprovecharon de él para conferirle a la música unos reflejos más claros de la majestad y de la justicia divinas, cuyas manifestaciones conviene que se guarden con reverencial expectativa.

Los silencios de Dios a lo largo de la Historia

Tan elocuente como las melodías de una orquesta, esos «silencios sinfónicos» son una imagen del modo de actuar de Dios en la Historia: antes de iniciar una obra grandiosa hace una pausa que prepara el corazón del hombre para que acepte la inminente manifestación de su gloria.

Una rápida mirada sobre el desarrollo de los siglos nos hará percibir muchos «momentos de quietud» divinos, seguidos de una fulminante intervención.

Es lo que se verifica en los años que precedieron al Diluvio, cuando los hombres vivían entregados a la impiedad y mientras, delante de ellos, Noé construía el arca, que les anunciaba la cercanía del castigo (cf. Gén 6, 7). Asimismo, Dios parecía mostrarse indiferente durante la construcción de la torre de Babel, pero aguardaba que los hombres ejecutaran su pérrido plan y entonces finalmente les confundiría sus lenguas (cf. Gén 11, 1-9).

Ejemplo supremo fue el silencio más sublime de la Historia: aquél que rodeaba el Santo Sepulcro mientras el cuerpo sin vida de Nuestro Señor Jesucristo permanecía en él. Aunque dolorosísimo para toda la Creación y, principalmente, para el Corazón de su Madre Santísima, prenunciaba, no obstante, la victoria más grande de todos los tiempos.



La torre de Babel, por Joos de Momper
Museos reales de Bellas Artes de Bélgica, Bruselas

Tan elocuente como las melodías de una orquesta, esos «silencios sinfónicos» son una imagen del modo de actuar de Dios

Así pues, los momentos de muda expectación despiertan en las almas fieles la esperanza y hacen que en ellas broten bellísimos actos de fe, al mismo tiempo que sirven de profética advertencia para que los pecadores se conviertan y se preparen para las grandes operaciones divinas.

Felices quienes son capaces de amar la inminente victoria de Dios en medio de las pausas que la preceden y parecen que la contradicen, porque serán dignos de participar de las alegrías de su realización.

¿Cuál es nuestra actitud ante esos «silencios sinfónicos»?

Regresemos ahora a nuestro viaje inicial. Retomemos nuestros asientos en la distinguida platea de la Royal Opera House y escuchemos, todavía en pie, las notas finales del *Hallelujah* llenando el recinto con su grandiosidad. Los acordes de esta celeberrima composición son capaces de transportar a las almas hacia una atmósfera victoriosa, prefigura, quizás, de

un reino muy superior y mucho más sobrenatural que aquel en donde su compositor vivió.

Empapados aún por las impresiones de tan inusual viaje en el tiempo, le invitamos, querido lector, a analizar un poco esta época en que vivimos. ¿Qué parte de la divina sinfonía de los acontecimientos estamos actualmente presenciando? ¿No estaremos, tal vez, en medio de uno de esos silencios prolongados que preceden hechos verdaderamente gloriosos?

Vivimos, sin duda, días calamitosos, marcados por la inseguridad, por el abandono de la fe y por el caos. Y al ser Dios el «Señor vengador de las injusticias», el «Dios justiciero» (cf. Sal 93, 1), no puede dejar de estar listo para intervenir, con el fin de que el mundo se convierta y reciba nuevamente a la vida de la gracia.

A nosotros nos cabe estar atentos y vigilantes. ¡No permanezcamos ajenos a los signos que nos son enviados! El «gran final» de la Providencia está

a punto de ser ejecutado. Entonces, ¿seremos tan insensatos que, creyendo que ya «ha acabado la obra» en estos días sin gloria, nos marchamos, alejándonos del escenario y del divino Director?

Para que la incredulidad y la indiferencia no echen raíces en nuestras almas, pidamos el auxilio de la Reina de la fe, la Virgen vigilantísima, Madre de Dios y nuestra. Ella nos enverizará y nos dará valentía para luchar hasta el final por su divino Hijo, por la Santa Iglesia y por la instauración del Reino de Dios sobre la faz de la tierra.

Así, seremos dignos de figurar al lado de las almas justas y proclamar por toda la eternidad: «Grandes y admirables son tus obras, Señor, Dios omnipotente; justos y verdaderos tus caminos, Rey de los pueblos. ¿Quién no temerá y no dará gloria a tu nombre? Porque vendrán todas las naciones y se postrarán ante ti, porque tú solo eres santo y tus justas sentencias han quedado manifiestas» (Ap 15, 3-4). ♦

Los momentos de muda expectación despiertan en las almas fieles la esperanza y hacen que en ellas broten bellísimos actos de fe



Jesús es depositado en el Sepulcro, por Giotto di Bondone
Capilla degli Scrovegni, Padua (Italia)

Leandro Souza

Reproducción



Elevada devoción al Sagrado Corazón de Jesús

Guardadas las infinitas proporciones que separan a la criatura del Creador, se podía ver en Dña. Lucilia una marcada semejanza con el Sagrado Corazón de Jesús. Esta fue su mejor contribución para la formación de sus hijos.

Mons. João Scognamiglio Clá Dias, EP

No fueron únicamente razones naturales las que llevaron a Dña. Lucilia a dedicarles a sus hijos un afecto tan intenso. La raíz más profunda de éste era su elevada devoción al Sagrado Corazón de Jesús —a quien tanto le rezaba—, como ella misma se lo contaría al Dr. Plinio en una carta, con palabras llenas de unción:

«Me agradó inmensamente saber que cuando me echas de menos irezas delante de mi oratorio! Yo también rezo tanto por ti; el Sagrado Corazón de Jesús, nuestro amor, iserá tu salvaguardia y protector!, hijo querido de mi corazón».

Tal devoción combinada con la atmósfera de recogimiento, que Dña. Lucilia mantenía en el hogar, hacían de éste un lugar propicio para la oración y la contemplación. El Dr. Plinio recuerda que, muchas veces, al volver de algún paseo o una fiesta infantil, encontraba la casa inmersa en un ambiente que le evocaba el sonido grave, noble y suave del carillón de la iglesia del Sagrado Corazón de Jesús.

Esto contrastaba con la superficialidad y la disipación que ya en los remotos años veinte del siglo pasado venían marcando cada día más la sociedad, lo cual le hacía entender mejor el modo de ser, invariable y profundo, de Dña. Lucilia. «Ese fue el motivo por el que tomé esta resolución: iyo también viviré así!», concluía el Dr. Plinio.

Esmerada formación religiosa

En el fondo, les estaba enseñando a sus hijos a vivir de manera virtuosa, pues era lo que deseaba con más ardor. De ahí su gran empeño en darles una esmerada formación religiosa.

Excelente observadora como era no necesitó mucho tiempo para darse cuenta de que la *fräulein* Mathilde, a pesar de ser una eximia educadora, no prestaba tanta atención en lo sobrenatural como sería deseable. Mejor para sus hijos, porque su propia madre asumiría esta tarea tan importante.

Doña Lucilia también les incentivaba a Rosée y a Plinio para que tuvieran una actitud de piedad con relación a las imágenes que ella misma colocaba en sus habitaciones, y

que a menudo besaba cuando entraaba allí.

El Dr. Plinio así recordaba, ya octogenario, el tiempo de sus seis o siete años, una época en la que profundizó en sus consideraciones sobre Nuestro Señor Jesucristo al contemplar sus imágenes en casa y en iglesias o leyendo libritos para niños:

«Desde mis primeros años yo ya tenía la convicción de que Él era el Hombre Dios, porque mi madre lo dejaba clarísimo en sus narraciones de la Historia Sagrada».

Tan rica y penetrante fue su influencia sobre sus hijos que Plinio, con tan sólo cuatro años, de pie sobre una mesa, llegó a darles clases de catecismo a los criados de la casa, transmitiéndoles lo que había oído de los piadosos labios maternos.

Por otra parte, a los niños les impresionaba vivamente ver en Dña. Lucilia su completo rechazo al demonio, el adversario del género humano. Tenía repugnancia hasta de su nombre, que no pronunciaba sino cuando era indispensable, y aun así con una expresión discretamente desagradada. Juzgaba —con toda razón— que el sim-

ple hecho de mencionar a tan abyecto ente, sin absoluta necesidad, podía ser interpretado como si se le invocara.

Una convivencia que conducía a amar a la Santa Iglesia

Los domingos Dña. Lucilia llevaba a los niños a Misa al santuario del Sagrado Corazón de Jesús, el cual, decorado con buen gusto, contenía verdaderas obras de arte.

Cierta vez, mientras asistía a Misa al lado de su madre, se formó naturalmente en su espíritu —por una comprensible asociación de imágenes— una impresión de conjunto de la iglesia: la invitación a la piedad que, en su alma, producían las estatuas de los santos; los vitrales de nobles y matizados colores, en cromática simetría con las melodías a un mismo tiempo majestuosas y afables del órgano; los paramentos solemnes del celebrante y los esplendores sacrales de la liturgia... Plinio discernió en ese magnífico conjunto todo cuanto de religioso y sobrenatural flotaba en el ambiente.

Su mirada se dirigió finalmente hacia la imagen del Sagrado Corazón de Jesús, arquetipo divino de sus mayores anhelos, y comprendió que aquella atmósfera era un fiel y rico reflejo del propio Dios. En su alma brotó un acto de fe y de amor: «La Santa Iglesia Católica Apostólica Romana! Ella lo es todo y lo vale todo; iy nada será equiparable a sus mil y una perfecciones!».

Mientras pensaba en esto, miró a su madre y percibió cómo su alma era afín con todo aquel ambiente. Vio en ella un reflejo de la Santa Iglesia, lo que le hizo comprender y amar aún más a esta divina institución.

«Al prestar atención en la Salve, comprendí a mi madre por entero»

Christianus alter Christus... Guardadas las infinitas proporciones que separan a la criatura del Creador y las inmensas distancias entre cualquier hombre y la Santísima Virgen, se podía ver en Dña. Lucilia una

marcada semejanza con el Sagrado Corazón de Jesús y con Nuestra Señora. Esta fue su mejor contribución para la formación de sus hijos; contribución, a decir verdad, subconsciente, pues su humildad le impedía hacer consideraciones de este género. Poco antes de su partida para el Cielo, el Dr. Plinio recordaba con enorme y cariñoso reconocimiento:

«Mi madre era una excelente consoladora. Cuando me acercaba a ella por alguna aflicción, o una situación sin salida, bastaba oírle decir un “hijo mío, ¿qué te pasa?”, que la mitad del problema ya se deshacía. Frecuentemente, yo ya había batallado para encontrar una solución...

«Fijaba la mirada en ella y esperaba: “Quiero ver cómo se sale de ésta”.

«Me miraba pensativa, sin fruncir el ceño, con una calma enorme, y entonces me decía:

«—Bueno, vamos a arreglarlo así...

«Antes de saber siquiera qué haría, estaba seguro de que el caso se iba a resolver. Era un acto de bondad aquí, un acto de misericordia allí, un perdón allá, un consejo más adelante y una fina y completa solución, naturalmente con sacrificio para ella. ¡Yo salía superextasiado!

«El afecto de mi madre era envolvente y estable. A veces me despertaba por la noche y notaba su presencia

al lado de mi cabecera, acariciándome y haciéndome señales de la cruz sobre la frente antes de irse a acostar. Era como un bálsamo perfumado y suavizante que me hacía un gran bien. Nunca disminuía ni un ápice, cualquiera que fuese el día, la hora, las circunstancias, las condiciones de salud. Sentía que podía contar con ella hasta el final, hiciese lo que hiciese.

«Ella le daba mucho valor al hecho de que las personas la quisieran bien, pero si no la quisiesen su actitud era la misma. Nunca le guardaba ningún resentimiento a nadie.

«Me daba cuenta de que la fuente de su modo de ser radicaba en su devoción al Sagrado Corazón de Jesús, por medio de la Santísima Virgen.

«Cuando Nuestra Señora me concedió la gracia de prestar atención, por primera vez, en la Salve, entonces comprendí a mi madre por entero, pues abrí los ojos a esa Madre toda celestial e indescriptiblemente más alta y más perfecta que ella. Así nació mi devoción a la Virgen Santísima». ♦



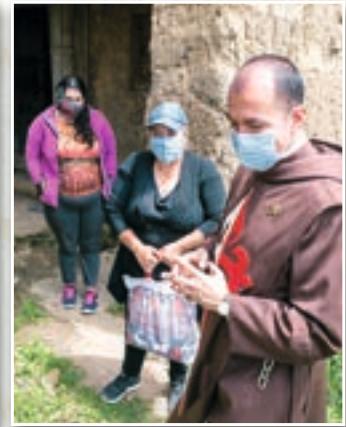
Sagrado Corazón de Jesús que pertenecía a Dña. Lucilia. En la página anterior, fotografiada en 1912, en París

Tal devoción combinada con la atmósfera de recogimiento, que ella mantenía en el hogar, lo hacían propicio para la oración y la contemplación

Extraído, con pequeñas adaptaciones, de: «Doña Lucilia». Città del Vaticano-Lima: LEV, Heraldos del Evangelio, 2013, pp. 187-191.



Mozambique – La TVM, red pública de televisión, emitió un reportaje acerca de los Heraldos del Evangelio y sobre el belén catequético instalado en su casa de Matola. Le cupo al P. Santiago Canals, EP, explicarles a los telespectadores el carisma, la historia y las actividades de la asociación en el país.



Ecuador – Durante el período navideño, misioneros de los Heraldos del Evangelio llevaron a cabo la campaña «Fe y caridad» en barrios de la periferia de Cuenca. Cestas básicas, ropas y juguetes fueron distribuidos entre los más de doscientos cincuenta habitantes de esas zonas menos favorecidas.



Colombia – En colaboración con el Ayuntamiento de El Retiro y con la parroquia del Sagrado Corazón de Jesús, cooperadores de los Heraldos distribuyeron regalos entre los niños de ese municipio, mientras los estudiantes del colegio de los Heraldos de Medellín interpretaron bellos conciertos de villancicos.



España – El día 13 de diciembre, miembros de los Heraldos acudieron a la basílica de Nuestra Señora del Pilar, de Zaragoza, para participar en la tradicional Misa de acción de gracias y correspondiente ofrenda floral a la Santísima Virgen en reconocimiento por los beneficios recibidos durante el año.



Brasil – Miembros de la comunidad San Pablo Apóstol, una de las trece que componen la Parroquia Nuestra Señora de las Gracias, confiada por la diócesis de Bragança Paulista al cuidado pastoral de los Heraldos, llevaron a la imagen del Niño Jesús a los hogares de los alrededores, propiciando momentos de oración y confraternidad.



El Salvador – Con el apoyo de la fundación El Porvenir de El Salvador, misioneros de los Heraldos les repartieron regalos navideños a los niños de la región donde está siendo construida la nueva iglesia en honor de Nuestra Señora de Fátima. Para evitar aglomeraciones, el acto fue realizado en dos momentos distintos.



SUCEDIÓ EN LA IGLESIA Y EN EL MUNDO

Un anciano es asesinado por rezar el Rosario

En el Hospital Antelope Valley, de la ciudad californiana de Lancaster, un paciente de 82 años, David Hernández García, fue asesinado por estar rezando el Santo Rosario. Su asesino, Jesse Martínez, estaba siendo atendido en el mismo centro médico y compartía habitación con la víctima. Ambos no se conocían, pero, al verlo rezando, Martínez se llenó de furia y golpeó al anciano con un cilindro de oxígeno.

Empleados del hospital acudieron en su auxilio, pero la agresión fue tan violenta que terminó provocándole la muerte a David. La Policía se presentó enseguida y detuvo a Jesse Martínez, quien podría ser condenado a 28 años de prisión.

Obispos polacos piden un mayor celo por los sacramentos

A través de un comunicado publicado en su página web oficial, la Conferencia Episcopal de Polonia ha aclarado que las Misas que se ven *online* no tienen el mismo valor que la participación presencial en la Sagrada Eucaristía. La razón principal es que no es posible recibir en ellas las sagradas especies, lo cual impide la plena participación del fiel en el Santo Sacrificio.

También advertían que la dispensa de participar del precepto dominical, concedida a causa de la pandemia a todos los fieles, es un privilegio y no una obligación. Debería hacerse uso de ella tras analizar acertadamen-

te las circunstancias personales, porque lo normal es que se asista a Misa esos días; el no hacerlo constituye una excepción.

Finalmente, se hace un llamamiento a los sacerdotes para que presten un «celo pastoral aún mayor» de cara a acompañar a los feligreses «en sus luchas diarias» y creen las condiciones que faciliten su participación en la Eucaristía; por ejemplo, aumentando el número de Misas.

habría sido martirizado con tal objeto entre sus manos.

Jubileo por los doscientos años de fe católica en Singapur

Con una Misa, presidida por el cardenal William Goh, fue iniciado el pasado 13 de diciembre el Jubileo conmemorativo de los doscientos años de la Iglesia en Singapur. Durante todo el 2021 habrá numerosas celebraciones por el bicentenario, entre ellas una exposición de pinturas y obras de artistas cristianos, presentaciones de libros, proyección de filmes religiosos, una conferencia sobre el patrimonio cultural católico de Singapur, visitas guiadas a lugares históricos, etc.

El auge de la celebración jubilar se llevará a cabo la semana del 4 al 11 de diciembre mediante actos litúrgicos en la catedral del Buen Pastor, en las iglesias de los Santos Pedro y Pablo y la de San José y en el Centro Católico. El último día se oficiarán Eucaristías simultáneamente en las treinta y dos parroquias de la archidiócesis.



Corpus Christi College

Estudiosos encuentran un salterio usado por Santo Tomás Becket

Christopher de Hamel, bibliotecario del Corpus Christi College, de Cambridge, y el historiador medieval Eyal Poleg, de la Universidad Queen Mary, de Londres, afirman haber encontrado el salterio usado por Santo Tomás Becket en sus oraciones.

El hallazgo sucedió de manera fortuita, durante un encuentro entre ambos, en el cual Poleg recordó que una lista de tesoros guardados en la catedral de Canterbury, escrita en el siglo XIV, incluía la siguiente descripción: «Encuadernación con el salterio de Santo Tomás, encuadrado en plata dorada, decorado con joyas». Al oír estas palabras Hamel se acordó de haber visto en Cambridge un volumen con esas características, donado por el obispo emérito de Canterbury a finales del siglo XVI.

Tras analizar cuidadosamente los datos de que disponía, Hamel considera que dicho volumen es realmente el salterio de Santo Tomás Becket, e incluso plantea la hipótesis de que



hikinginjordan (CC by-sa 3.0)

Arqueólogos identifican el lugar vinculado a San Juan Bautista

Recientes excavaciones realizadas por un equipo húngaro en las ruinas de la fortaleza de Maqueronte, situadas en Jordania, a 32 kilómetros al suroeste de Madaba, han identificado la sala del trono donde la hija de Herodías le pidió al tetrarca Herodes Antipas la cabeza de San Juan Bautista (cf. Mt 14, 6-11).

Construida en torno al año 90 a. C., Maqueronte fue destruida por la República romana treinta y tres años después, pero Herodes el Gran-

de la reconstruyó alrededor del año 30 a. C. Aunque las búsquedas arqueológicas habían empezado en ese lugar en 1980, la zona donde se encuentra la sala del trono no había sido explorada hasta ahora.

Otra capilla de Adoración Perpetua en España

Una capilla más para la Adoración Perpetua al Santísimo Sacramento ha sido inaugurada en España, esta vez en la ciudad de Cartagena. La Misa que dio comienzo a la exposición fue presidida por el obispo diocesano, Mons. José Manuel Lorca Planes, que exhortó a los fieles a acercarse a Jesús a través de María, añadiendo: «Cartagena cuenta con un faro de esperanza capaz de iluminar los corazones más ensombrecidos».

Actualmente, hasta que la situación sanitaria permita la apertura de forma ininterrumpida las 24 horas, el horario establecido es de 8:15 a 19:45. España ya cuenta con casi 70 lugares donde se adora perpetuamente al Señor bajo las especies eucarísticas.

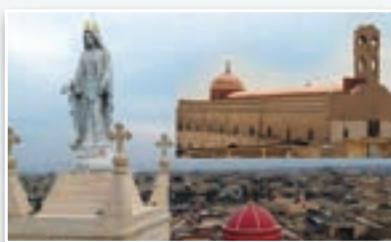
Hungría esclarece el concepto de familia en su Constitución

El día 15 de diciembre el Parlamento húngaro aprobaba una propuesta de enmienda a su Constitución presentada el 10 de noviembre por la

ministra de Justicia, Judit Varga, mediante la cual queda definido que la familia se basa «en el matrimonio y la relación entre padres e hijos».

La enmienda esclarece que «la madre es una mujer, el padre un hombre» y añade: «Hungría defiende el derecho de los niños a identificarse con su sexo de nacimiento y asegura su crianza fundada en la identidad constitucional de nuestra nación y en los valores basados en nuestra cultura cristiana».

Conforme a la nueva ley, sólo las parejas —hombre y mujer— casadas, de hecho, pueden adoptar un niño. Si alguna persona soltera desea adoptarlo debe obtener la aprobación de su solicitud por parte del ministro de asuntos familiares.



reas realizadas fue la entronización sobre el campanario de una hermosa estatua de la Virgen, patrona de ese templo.

Qaraqosh ha sido durante mucho tiempo el centro cristiano más importante de la llanura de Nínive. En la segunda mitad de 2014 el Estado Islámico invadió la ciudad, incendió la iglesia, arrasó con los símbolos cristianos e hizo detonar la torre de las campanas. Sólo ahora ha sido posible terminar las obras de reconstrucción.

El Parlamento polaco recibe las reliquias de San Maximiliano Kolbe

A instancias de numerosos diputados y senadores, las reliquias de San Maximiliano María Kolbe fueron trasladadas a la capilla del Parlamento de Polonia, el pasado 17 de diciembre. Fueron donadas por el provincial de los Franciscanos, el P. Grzegorz Bartosik, y recibidas por la senadora Elżbieta Witek, por el senador Jerzy Chróscikowski y por el P. Piotr Burgoński, capellán de la Cámara baja.

En el mismo sitio se veneran también las reliquias de San Juan Pablo II y Santa Gianna Beretta Molla, pediatra italiana que prefirió morir en el parto a abortar.

GAUDIUM PRESS
Un instrumento para la Nueva Evangelización

• Español • Inglés • Portugués • Italiano



• Noticias • Opinión • Videos • Fotos

Hechos relevantes de la Iglesia católica y temas afines

Regístrese

gratuitamente en

es.gaudiumpress.org

- 30 días con el Papa
- Mundo
- América Latina
- Roma
- Espiritualidad

El collar de cristal

Aquellos tejidos fascinaron a Rebeca. Empezó a imaginarse admirada por todos. Se quitó entonces su collar y se lo entregó a la vendedora sin pensar en la desgracia que estaba a punto de caer sobre ella.



Hna. Cecilia Grasielle Ramos Levermann, EP

Hace mucho, mucho tiempo, en un modesto pueblo de Baviera vivía una mujer llamada Assunta. Cuando su primera hija vino al mundo sintió, al mismo tiempo, una inmensa alegría y una enorme tristeza: la criatura había nacido ciega...

Muy afligida, se encorrió con gran piedad a la Santísima Virgen y el día del bautizo de Rebeca ocurrió el milagro: la niña empezó a ver! En aquel momento también apareció colgado al cuello de la pequeña un límpido cristal. Todos comprendieron que era símbolo del prodigo que el Cielo había querido darle a la chiquilla como regalo.

Los años fueron pasando. Assunta se dedicaba al cultivo del campo para mantener a su familia, pero poco a poco su salud se fue debilitando. Entonces Rebeca aprendió a remendar, coser y bordar a la perfección, con el fin de poder colaborar en los gastos del hogar.

Cierto día, tuvo que ir a la ciudad para vender sus bordados y otras labores y su madre, muy enferma, no pudo acompañarla.

—Hija mía, ten cuidado —le dijo Assunta antes de salir—. Y recuerda: ante cualquier dificultad recurre

a la Virgen. ¡Ella siempre estará a tu lado!

Bendiciéndola, la encomendó a una caravana de buenos aldeanos con quienes se marchó.

Al llegar a la ciudad, Rebeca advirtió la multitud de gente que había, yendo de un sitio a otro, le encantó y empezó a recorrer los distintos puestos del mercado. Tenían de todo: desde simples y sabrosos dulces hasta joyas caras. Al encontrarse con una señora mayor que vendía muchos tipos de tejidos, le preguntó de dónde venían y ella le respondió:

—Veo que estás muy interesada por ellos. ¿Cómo te llamas, niña?

—Rebeca.

—Oh, qué nombre más bonito... ¿Dónde está tu madre? Eres muy joven para andar por la ciudad sin compañía.

—Mi madre no ha venido, señora, estoy sola; pero ya soy muy responsable. Yo me he acercado para vender mis bordados. ¿Usted quiere verlos?

La mujer asintió con una sonrisa maliciosa y al contemplar las esmeradas labores de Rebeca le dijo:

—Uhm... Veo que tienes talento. Pero te puedes quedar con tu mercancía y vendérsela a otra persona. Te voy a hacer una propuesta dife-

rente: elije dos de mis tejidos, no te cobraré nada, y a cambio me das tu collar.

Al ver que Rebeca se quedó un poco recelosa y pensativa, la mujer continuó:

—El cristal que llevas colgado al cuello no tiene gran valor; mis tejidos, sí. Con ellos podrás hacer bonitos vestidos para venderlos o incluso para que lo uses tú misma. No saldrás perjudicada en absoluto, al revés...

Fascinada por la propuesta, imaginándose reconocida y admirada por todos, Rebeca pensó:

—Es verdad. Para nada me veré perjudicada; por el contrario: me lucraré, y mucho. ¡Qué boba soy! ¿Para qué tanto aprecio por un trozo de vidrio?

No obstante, aún dudaba:

—Mamá siempre me recuerda que nací ciega y veo a causa de este collar; sin embargo, ¿realmente será así? Tal vez me lo diga para que tenga cuidado y no lo pierda... Pero ya he crecido y no lo necesito. Si lo vendo haré un buen negocio. ¡Adiós, cristal!

Con las manos temblorosas, la niña se quitó el collar del cuello y se lo entregó a aquella mujer. Cuando se iba alejando, satisfecha con los lindos tejidos que había escogido, sus ojos em-



«Elije dos de mis tejidos, no te cobraré nada, y a cambio me das tu collar»

pezaron a arderle. Aunque no le dio importancia al hecho; ciertamente era fruto del cansancio del viaje...

Al día siguiente, al amanecer, Rebeca percibió que su vista estaba empañada y oscurecida. Se sentía como si estuviera dentro de una pesadilla y enseguida cayó en sí:

—¡Dios mío! ¡¡Estoy ciega!!! No es posible, tengo que recuperar el cristal!

Con mucha dificultad logró encontrar el puesto de la vendedora de tejidos para entregarle las piezas que se había llevado y pedirle que le devolviera su collar. No obstante, con una carcajada burlona, la mujer le contestó:

—No acepto devoluciones, niña. Tu collar se lo vendí ayer a una condesa que estaba de paso. Si lo quieras de vuelta, ve tras ella, quizás la alcances.

Muy afligida y caminando con dificultad, a tientas, Rebeca fue en busca de quien tenía su precioso cristal. Después de enterarse qué caravanas habían visitado la ciudad el día anterior y localizar a la condesa, se apresuró a darle alcance por el camino que le habían indicado.

Su jornada fue penosa; estaba ya exhausta cuando encontró a unos mercaderes de especias. Al preguntarles por la caravana de la condesa le respondieron:

—Sí, conocemos a esa noble dama. Su castillo está a un día de camino. Pero ¿por qué la buscas?

Rebeca les contó todo lo que le había pasado y entonces el más viejo de ellos intervino:

—Ah, sé de qué collar estás hablando. La condesa se lo ha



Deshecha en lágrimas, Rebeca pedía que la Virgen curara al menos su vanidad y su codicia

mandado de regalo a la princesa de Etiopía, en agradecimiento por su generosidad al permitirle el comercio de sus especias. El barco con destino a aquellas tierras zarpaba hoy. Mira, si quieras puedo llevarte hasta el puerto, no está muy lejos.

Cuando llegaron, encontraron mucha agitación y asombro: el barco que estaba buscando Rebeca había partido por la mañana temprano, pero naufragó cerca de la costa y ya estaba en el fondo del mar. La tripulación logró regresar a salvo en los botes salvavidas, aunque todo lo demás se había perdido!

Dirigiéndose a Rebeca el comerciante le dijo:

—Niña, he hecho lo que he podido. Ahora te dejo aquí, pues tengo que avisar a la condesa de lo sucedido. Lamento no haber podido ayudarte a recuperar el collar. Adiós.

Rebeca se quedó consternada. Nunca recuperaría el precioso cristal. ¡Siempre sería ciega! Deshecha en lágrimas, se arrodilló en la arena, que ya no veía.

Imploraba clemencia, suplicaba misericordia y pedía que la Virgen curara al menos la vanidad y la codicia que fueron la causa de su ceguera... Entonces una de las lágrimas se transformó, al caer sobre la arena, en un bellísimo cristal lila y Rebeca, oyendo un suave ruido, abrió los ojos. ¡Nuevamente podía ver!

* * *

También nosotros, querido lector, recibimos el día del Bautismo el cristal de la inocencia como regalo de igualable valor. Si fascinados por los placeres del mundo, llegamos un día a perderla, nuestros ojos, como los de Rebeca, se cerrarán para Dios. Pero,

aunque llegara a pasarnos esta desgracia, no desanimemos: la contrición sincera por nuestros pecados y el recurrir con confianza a la Santísima Virgen todo lo pueden restaurar. ♣

LOS SANTOS DE CADA DÍA

1. Santa Brígida, virgen (†c. 525).

Fundó un monasterio en Kildare, Irlanda, del que fue abadesa. Continuó la obra evangelizadora de San Patricio.

2. Fiesta de la Presentación del Señor.

Santa Juana de Lestonnac, viuda (†1640). Tras la muerte de su esposo, fundó en Burdeos, Francia, la Sociedad de las Hijas de Nuestra Señora, a imitación de la Compañía de Jesús, para la formación de la juventud femenina.

3. San Blas, obispo y mártir (†c. 320 Sebasti - actual Turquía).

San Óscar, obispo (†865 Bremen - Alemania).

Santos Simeón, anciano, y **Ana**, profetisa. Fueron merecedores de saludar al Niño Jesús con ocasión de su Presentación en el Templo.

4. San Nicolás Estudita, monje (†868). Abad del monasterio de Studion, Constantinopla. Fue exiliado varias veces por defender el culto a las imágenes.

5. Santa Águeda, virgen y mártir (†c. 251 Catania - Italia).

Santa Adalheide, abadesa (†1015). Nacida en el seno de la alta nobleza, se hizo religiosa y fue elegida superiora del monasterio de Vilich, Alemania. Adoptó la Regla benedictina y promovió el estudio de las obras de piedad.

6. San Pablo Miki y compañeros, mártires (†1597 Nagasaki - Japón).

San Mateo Correa, presbítero y mártir (†1927). Durante la per-



Santa Águeda
Museo Nacional Machado de Castro,
Coímbra (Portugal)

secución contra la Iglesia, se negó a revelar el secreto de confesión y por ello fue fusilado en Durango, México.

7. V Domingo del Tiempo Ordinario.

San Egidio María de

San José, religioso (†1812). Desempeñó los oficios de cocinero, portero y limosnero en el monasterio franciscano de Nápoles. Frecuentemente asistía a los moribundos, preparándolos para recibir los últimos sacramentos.

8. San Jerónimo Emiliani, presbítero (†1537 Somasca - Italia).

Santa Josefina Bakhita, virgen (†1947 Schio - Italia).

San Jovencio, obispo (†397). Fue nombrado obispo de Pavía por San Ambrosio. Participó en los concilios de Aquilea y de Milán.

9. Santos Primo y Donato, diáconos y mártires (†c. 361).

Apedreados por herejes donatistas en Lemellefa, en la actual Argelia, mientras defendían el altar.

10. Santa Escolástica, virgen (†c. 547 Montecasino - Italia).

Beatos Pedro Frémond y cinco compañeras, mártires (†1794). Fusilados en Angers, Francia, por su fidelidad a la Iglesia Católica.

11. Nuestra Señora de Lourdes.

San Gregorio II, Papa (†731). En tiempo del emperador León III el Isáurico, defendió el culto a las sagradas imágenes y envió a San Bonifacio a predicar el Evangelio en Germania.

12. Beata Humbelina, priora (†1136).

Convencida por su hermano, San Bernardo de Claramval, a dejar los placeres del mundo, ingresó con el consentimiento de su marido en el monasterio de Jully-les-Nonnains, cerca de Troyes, Francia, del cual llegó a ser priora.

13. San Pablo Liu Hanzuo, presbítero y mártir (†1818).

Preso cuando celebraba la Misa de la Asunción y estrangulado por ser cristiano en Dongjiaochang, China.

14. VI Domingo del Tiempo Ordinario.

Santos Cirilo, monje (†869 Roma), y Metodio, obispo (†885 Velehrad - República Checa).

San Juan Bautista de la Concepción García, presbítero (†1613). Emprendió la renovación de la Orden de la Santísima Trinidad, defendiéndola en medio de grandes dificultades.

15. San Claudio de La Colombière, presbítero (†1682). Sacerdote jesuita, superior del Colegio de Paray-le-Monial, Francia, que con sus rectos consejos condujo a muchos a amar a Dios.

16. Santa Juliana de Nicomedia, virgen y mártir (†s. inc.). Era la única cristiana de su familia. A los 18 años, habiendo rechazado casarse con un pagano, fue presa y decapitada.

17. Miércoles de Ceniza.

Los siete santos fundadores de la Orden de los Siervos de María (†1310 Monte Senario - Italia).

San Bonoso, obispo (†c. 373). Siendo obispo de Tréveris, Alemania, trabajó celosamente, junto con San Hilario de Poitiers, para que se mantuviera la integridad de la fe en la Galia.

18. Beato Juan de Fiésole, presbítero (†1455). Pintor y religioso dominico, más conocido como Fra Angélico. Alma profundamente contemplativa, nunca cogía su pincel sin antes haber hecho una oración.

19. Beata Isabel Picenardi, virgen (†1468). Nacida en Cremona, Italia, se consagró a Dios, tomando el hábito de la Orden de los Siervos de María. Fue muy dedicada al estudio y meditación de la Sagrada Escritura.



San Blas cura a un niño,
por Giovanni Domenico Cerrini
Iglesia de San Carlos en Catinari, Roma

20. Santos Francisco Marto (†1919) y Jacinta Marto (†1920). Humildes niños que, en Fátima, Portugal, vieron tres veces a un ángel y seis a la Santísima Virgen, de quien recibieron la exhortación de rezar y hacer penitencia por la remisión de los pecados, para obtener la conversión de los pecadores y la paz del mundo.

21. I Domingo de Cuaresma.

San Pedro Damián, obispo y doctor de la Iglesia (†1072 Faenza - Italia).

Beato Tomás Pormort, presbítero y mártir (†1592). Durante el reinado de Isabel I fue preso, torturado y, finalmente, sometido al suplicio de la horca junto a la catedral de San Pablo.

22. Fiesta de la Catedra de San Pedro.

Beata Isabel de Francia, virgen (†1270). Hermana del rey San Luis IX, renunció al matrimonio y fundó en París el monasterio de las Hermanas Menores, donde sirvió a Dios en humildad y pobreza.

23. San Policarpo, obispo y mártir (†c. 155 Esmirna - actual Turquía).

Santa Josefina Vannini, virgen (†1911). Fundadora de la Congregación de las Hijas de San Camilo, en Roma.

24. San Etelberto, rey (†616).

Monarca de Kent, el primero de entre los príncipes de los anglos convertido a la fe en Cristo por el obispo San Agustín de Canterbury.

25. San Cesáreo (†369). Médico, hermano de San Gregorio Nacianceno.

26. Beata Piedad de la Cruz Ortiz Real, virgen (†1916). Fundó en Alcantarilla, España, la Congregación de las Hermanas Salesianas del Sagrado Corazón de Jesús, para la educación y catequesis de los pobres.

27. Santos Basilio y Procopio Decapolita, monjes (†741). En tiempo del emperador León III el Isáurico trabajaron activamente en Constantinopla en favor del culto a las imágenes sagradas.

28. II Domingo de Cuaresma.

Beata Antonia de Florencia, viuda (†1472). Fundadora y primera abadesa del monasterio del Cuerpo de Cristo, con la observancia de la primera Regla de Santa Clara. Murió en L'Aquila, Italia, a los 71 años.

«Un par de tórtolas o dos pichones...»

En el Evangelio no se explica cuáles de esas aves fueron ofrecidas. El Espíritu Santo deja sobreentendido de esa forma que no se debe dar preferencia a un medio de vida y excluir otro, pues ambos agradan a Dios.



Mariana Cristina Moniz

Los versículos de la Sagrada Escritura, siempre sucintos, poseen un océano de significados dentro del cual podemos sumergirnos para conocer las grandiosas maravillas encerradas en tan pocas palabras.

Esta característica la encontramos de una manera muy especial en los fragmentos que describen la vida de la Sagrada Familia. Las inmensas realidades sobrenaturales contenidas en ellos sirvieron de base e inspiración para que numerosos autores de muy elevados quilates pusieran por escrito lo que la gracia les hablaba al alma.

Si juntáramos todo lo que narraron a lo largo de los tiempos icuántas bibliotecas no llenaríamos! Subrayemos, sin embargo, que todavía podrán ser contadas y aclaradas muchas cosas en los siglos venideros, porque con respecto a la vida de Jesús entre nosotros «ni el mundo entero podría contener los libros que habría que escribir» (Jn 21, 25).

Al encontrarnos en el mes de febrero, nos llama la atención especialmente un pasaje: el relato de la Presentación del Niño Jesús en el Templo y la Purificación de María Santísima, presente en el Evangelio de San Lucas. Los comentaristas tejen bellísimas consideraciones sobre dicho acontecimiento examinándolo desde los aspectos más diversos, pero en este artículo nos detendremos solamente en un detalle lleno de significado.

La ley ordenaba que los matrimonios más pobres le ofrecieran a Dios, al menos, «un par de tórtolas o dos pichones» (Lc 2, 24) en oblación. Y no es casualidad que estas dos aves fueran las que estaban prescritas.

San Cirilo explica que la tórtola es la más locuaz entre ellas y la paloma la más mansa.¹ El Señor quiso simbolizar con ello que Él practicaría en esta tierra la más perfecta mansedumbre y haría resonar su voz armónica para atraer al mundo hacia su Corazón misericordioso.

San Beda, por su parte, reflexiona sobre las virtudes que personifican esas aves: la paloma, la candidez; la tórtola, la castidad.² Si, por desdicha, la tórtola perdiera a su compañera no iría a buscar otra pareja. Desde sus primeros días, Cristo ya quiso manifestar, a través de esos dos animalitos, su predilección por la virtud de la pureza.

También hallamos otro hermoso hecho simbólico: la paloma al ser gregaria representa la vida activa entretanto la tórtola al vivir en solitario evoca la contemplativa; aunque su aislamiento, añadido a su locuacidad, hace de esta última una imagen de la predicación y de la confesión de la fe.³ Ambos medios fueron practicados por el Salvador y conducen, cada uno a su manera, a la santidad de los hombres.

San Beda⁴ destaca también que esos dos animales, por su hábito de

gemir, expresan las penas presentes de los santos. La tórtola simboliza las lágrimas ocultas de las oraciones; la paloma, al vivir en bandadas, las oraciones públicas de la Iglesia.

Ahora bien, San Lucas no dice en su Evangelio si fueron tórtolas o pichones los animales ofrecidos a Dios por la Sagrada Familia... De este modo, según San Beda, el Espíritu Santo deja sobreentendido que no se debe dar preferencia a la vida contemplativa sobre la activa y viceversa, pues ambas son igualmente agradables al Creador y todos debemos seguir las dos.⁵

Tomemos en cuenta, no obstante, que las tórtolas o los pichones ofrecidos por el Niño Jesús, antes de ser entregados al sacerdote, reposaban en las manos del patriarca San José y eran contemplados por la serena mirada de la Virgen María. Esto nos invita a que anhelemos vivir siempre bajo la custodia y el amparo de este santísimo matrimonio, pues así nuestra existencia será, aun pobre en méritos y virtudes, una agradabilísima ofrenda de adoración y alabanza. ♦

¹ Cf. SANTO TOMÁS DE AQUINO. *Catena Aurea. In Lucam*, c. II, vv. 22-24.

² Cf. Idem, ibidem.

³ Cf. SANTO TOMÁS DE AQUINO. *Suma Teológica*. III, q. 37, a. 3, ad 4.

⁴ Cf. Idem, ibidem.

⁵ Cf. SANTO TOMÁS DE AQUINO. *Catena Aurea*, op. cit.



Daniela Ayau Valladares

1



CC by-sa 3.0

2



TedRabbitts (CC by 2.0)

3



CC by 2.0

4

Arriba: 1. La Presentación del Niño Jesús en el Templo - Universidad de Nuestra Señora del Lago, San Antonio (EE. UU.);
2 y 4. Tórtolas europeas (*Streptopelia turtur*) fotografiadas en Israel e Inglaterra; 3. Paloma blanca fotografiada en Inglaterra.
En la página anterior, detalle de un vitral de la capilla de Nuestra Señora del Buen Socorro, Montreal (Canadá)



¿Cómo conjugar la visión de un Jesús tan fuerte, tan incomparable, tan único, con la de un Jesús tan misericordioso y accesible a los más pequeños?

¿Cómo imaginar que en un niño recién nacido en Belén, cuya alma contiene todo el candor e inocencia imaginables y pensables, ya existía el héroe que sufriría de manera a impresionar a los hombres hasta el fin del mundo?

En Nuestro Señor esas y otras muchas perfecciones se armonizaban de forma inefable. Él es mucho mayor que el campo de nuestra visión.

Plínio Corrêa de Oliveira

Niño Jesús con los símbolos de la Pasión
Colección particular